

2000

A

4320

POESIAS

DE

J.S. CORSEN.



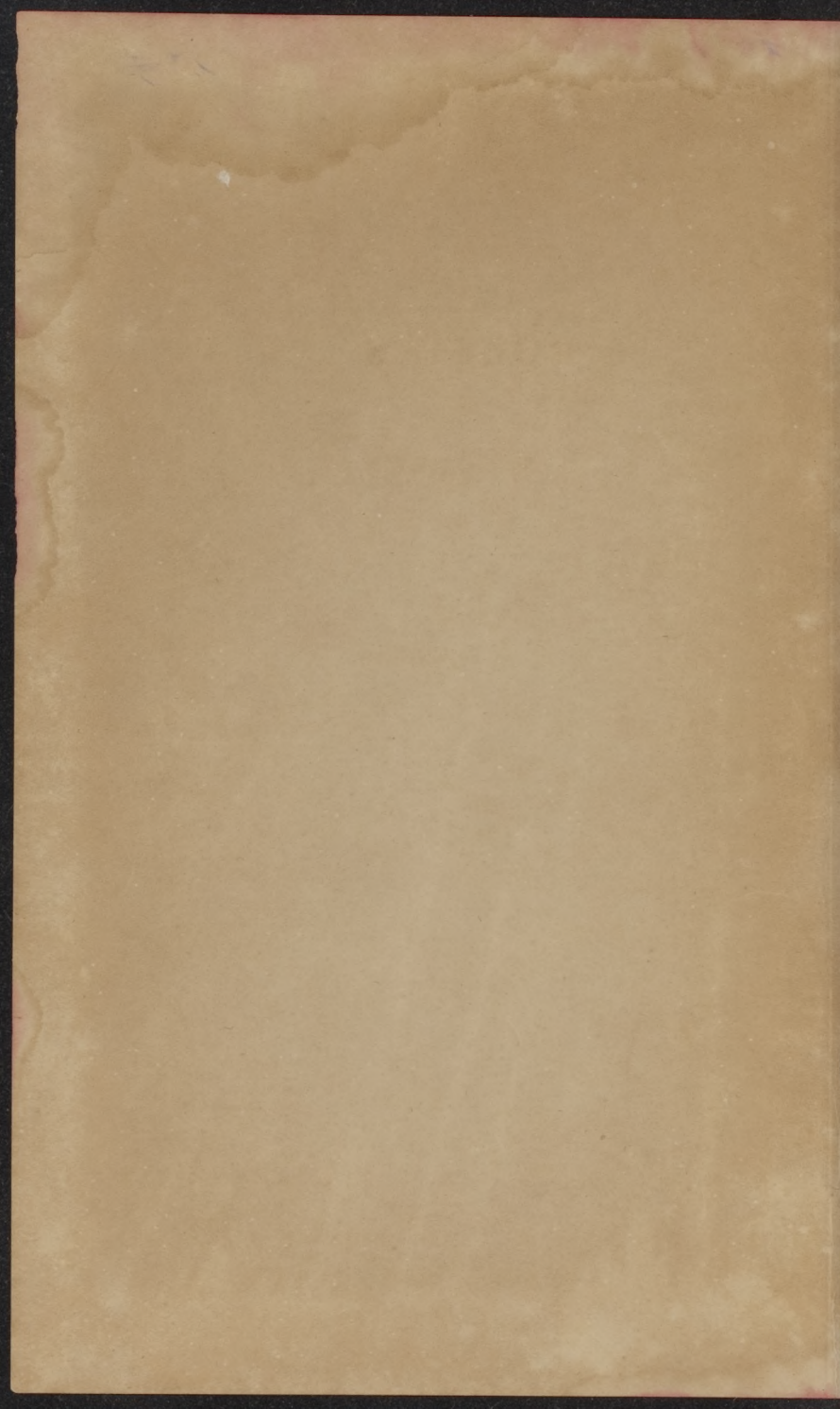
PPN 157053075

BIBLIOTHEEK KITLV



0260 8030

2000 A 4320



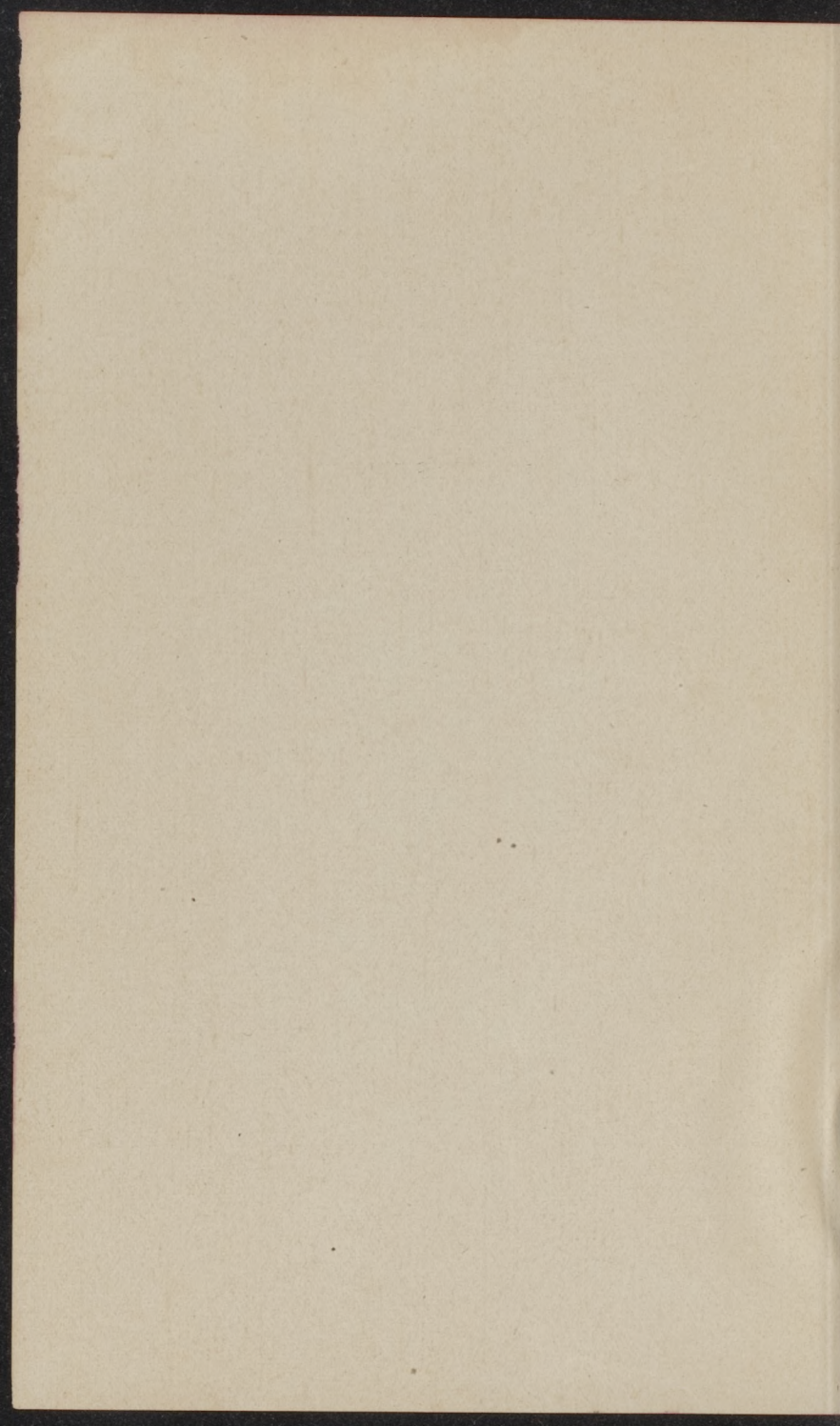
No 301.

A $\frac{3}{61}$.

POESIAS

DE

J. S. CORSEN.



P O E S I A S

DE

J. S. CORSEN.

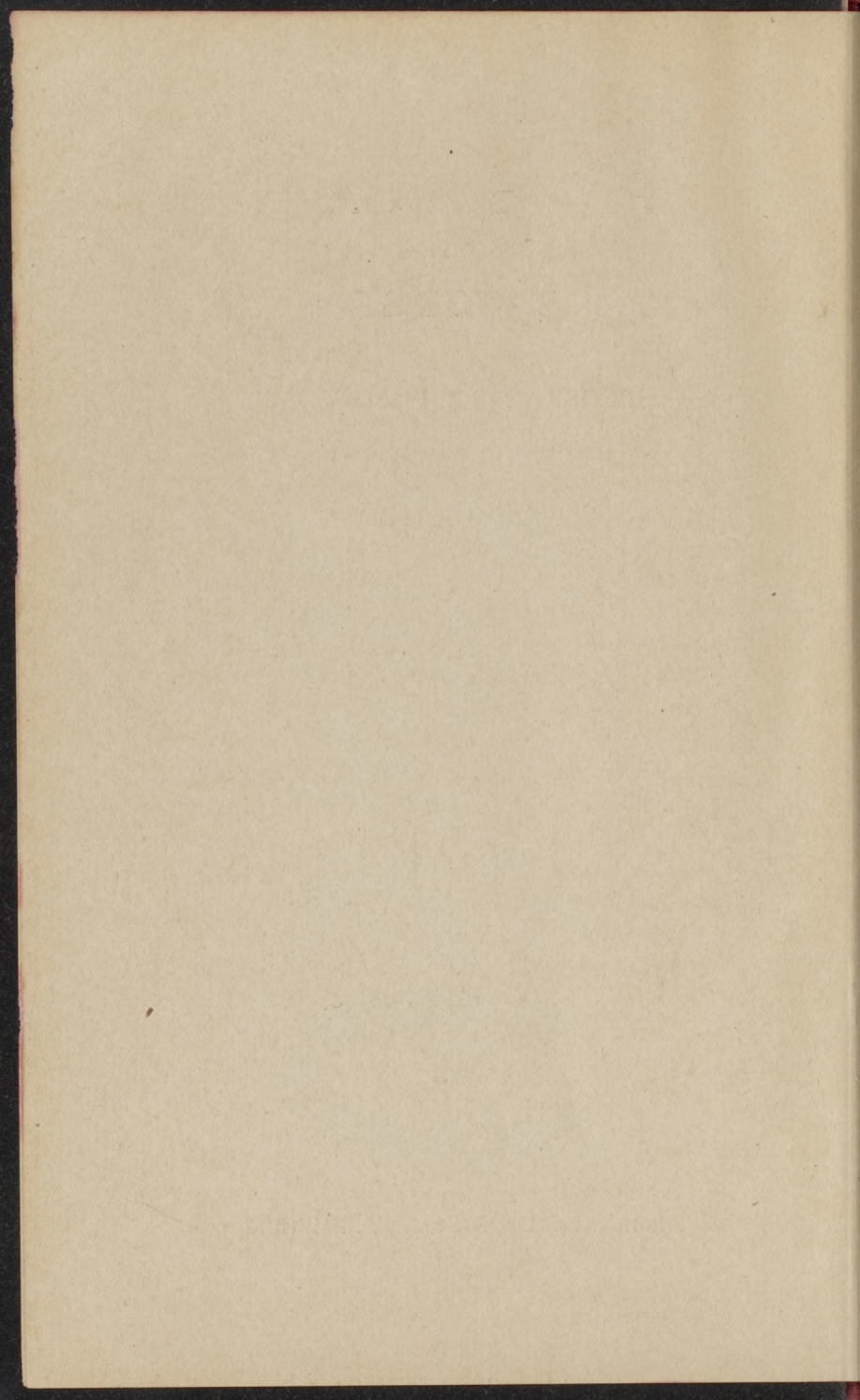
RECOPIADAS Y PUBLICADAS

POR UNOS AMIGOS DEL

FINADO AUTOR.



FIRMA J. F. KLOOSTERMAN, NIJMEGEN.



J. S. CORSEN.

Bello pensamiento el de recopilar las hermosas poesías del malogrado cantor y músico curazoleño. Su muerte, acaecida en 1911, á los 57 años de su edad, dejó lamentable vacío en su familia, pues era modelo de esposo, amantísimo padre, y hermano cariñoso, habiendo tambien la sociedad perdido en él un verdadero ornato. Renovemos hoy el dolor causado por la eterna desaparición del hijo de las musas, escribiendo estos pálidos renglones que han de ir al frente del libro que guarda las flores de su ingenio.

Llano en su trato y pleno de modestia, no parecia poseido de aquellas hermosas facultades que todos en él reconocían y admiraban, tanto más, cuanto que no había disfrutado de estudios áulicos y regulares, y debióse su hermosa elevación á esfuerzo de su propio talento.

Era CORSEN un temperamento esencialmente artístico, y así cultivaba con singular aprovechamiento el divino arte de la música, en términos de que era considerado como uno de nuestros más aventajados profesores de piano, como se hacía notable por la pleitesía rendida á la gay ciencia.

Como con los versos no ganaba el sustento, vivía de la música: daba lecciones de piano y tocaba el órgano religioso. De las notas sacaba

lo necesario para el honrado sostèn de su familia, y en sus ocios se dedicaba á las letras. Vivía por y para la armonía.

Era pobre: sus ensueños, su única riqueza. Así, cuando en sus confidencias con la hermosa soledad, recorría el pentagrama ó empuñaba el lírico instrumento, se redimía victorioso para glorificar al Creador de cielo y tierra, para cantar á la mujer amada y á la naturaleza adorable, y hablar en murmurios al arroyo, en trinos al ave, en requiebros á la flor, en arrullos al niño y en castos besos á la mujer!!

No tenía carácter trascendental su poesía; cantaba ocasionalmente, ó bien rimaba cualquier pensamiento que se le ocurría ó celebraba las gracias infantiles de sus hijos, y los goces que se desarrollan al calor del hogar. Las más de sus composiciones fueron escritas en su juventud, sin ambición poética, y para responder á la necesidad que experimenta todo artista de externar lo que siente bullírsele en el cerebro. Era en sus versos natural y espontáneo; ni buscaba asuntos complicados ni nuevas formas, sino que se atenía á los moldes clásicos y á la música de los antiguos poetas. En su estilo era sencillo, cual lo fué en su vida. En él, nada de hojarascas ni de abundancia de adjetivos. Estrofas tiene notables por lo armonios; es en ocasiones intencionado, á veces solemne, ora festivo, siempre delicado, sentimental y creyente.

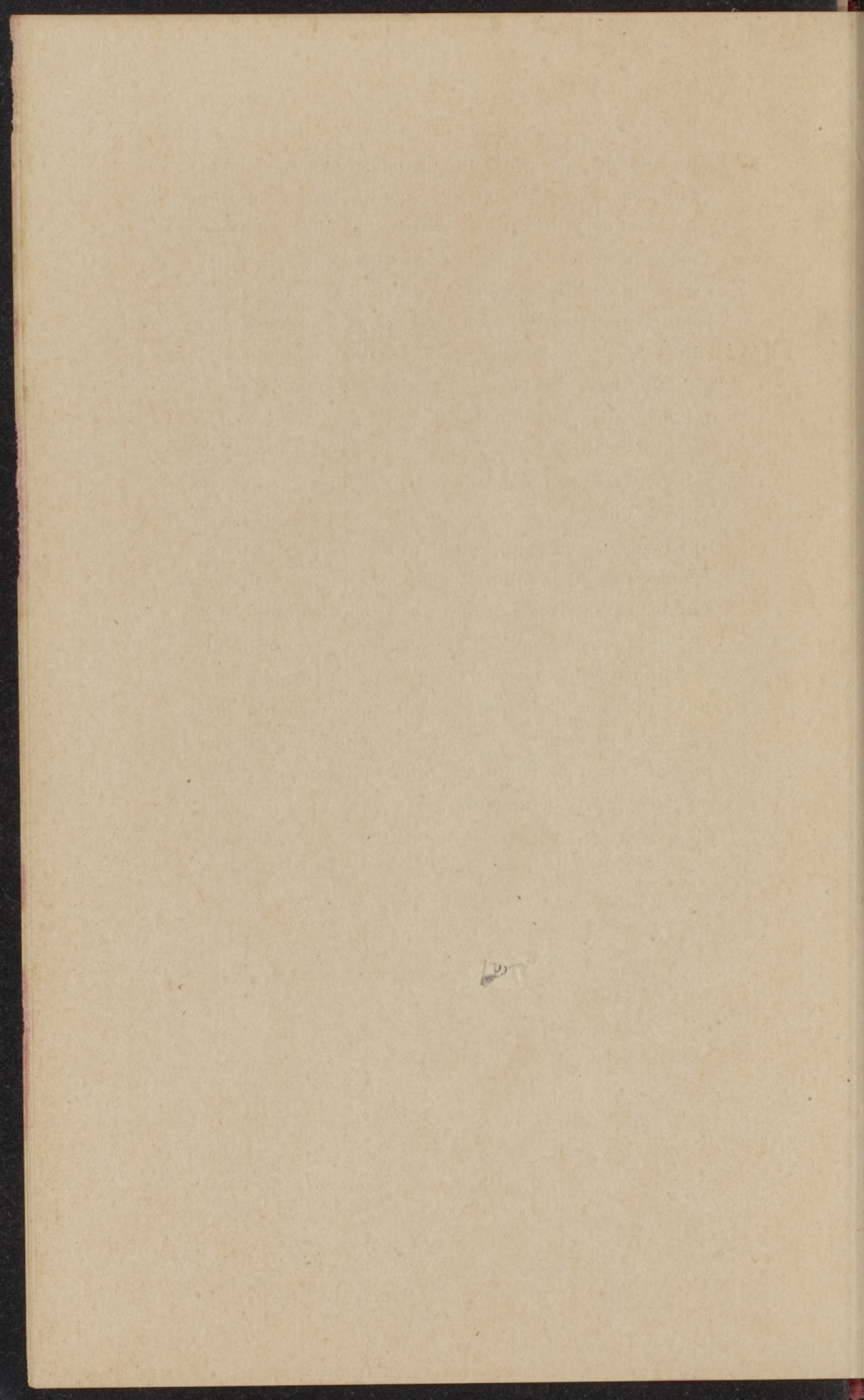
Defectos, no deja de tenerlos; así, no dejan de advertirse en sus versos una que otra dureza que han quedado como resultado de una dificultad vencida, ni siempre da muestra de buen gusto.

De manera que, al lado de composiciones suyas bellísimas por el fondo y por la forma, figuran otras menos dignas de su lira. Señalábase también como traductor en verso, vertiendolos, las más veces, del rico idioma de Vondel á la sonora lengua de Garcilaso, y en más de una ocasión dió forma á sus inspiraciones en el habla del país, probando así que el tan detractado papaimento capaz es también de prestarse á los acordes de la lira, con excelente resultado por lo mucho que han gustado algunas de sus poesías en ese dialecto.

El presente tomo, en el que el afecto imperecedero de la familia, y la noble amistad de algunos, atentos á reivindicar de las sombras del olvido las poesías de CORSEN, las ha reunido casi tódas, — merecerá sin duda favorable acogida de todo el que en su pecho sienta los estímulos del amor patrio y por ello se complazca en el póstumo tributo rendido al talentoso curazoleño y artista amado.

CURAÇAO 1914.

B. A. JESURUN.





A MI ESPOSA.

Las pocas poesías que para tí he reunido
son del hogar los salmos, los canticos del nido.

Al lado tuyo — goce que á mis anhelos basta ;
ó ausente — pero dentro de mí tu imagen casta,
al próximo ó lejano beso de nuestros lares
brotaron estos pobres, monotonos cantares,
Brotaron en mi alma como instantáneas flores
sin rebuscar del arte bellezas ó primores.

Mi alma pocas veces sus alegrías rima,
para que al verso acuda preciso es que gima.
Calla iracunda entonces, ó se arrodilla y reza
insólitas plegarias nutridas de tristeza.
En hora más serena los versos me entretienen :
locuras de otros tiempos á mi memoria vienen,
ó rimo una inocente pueril majadería
como solaz, recreo tras la labor del día.
Por eso los cantares que para tí he reunido,
de nuestro hogar los salmos, los cánticos del
[nido,
son pocos, aunque ha tiempo nos unen gozo
[y llanto,
tristes, aunque á la suerte y á Dios debemos
[tanto.

UN MINUTO.

Aquello no duró sino un instante,
mas; cuánta angustia cabe en un minuto!
Con la vista extraviada, delirante,
fija en un foco de pavor y luto,

„No veo! — me dijiste: Solo veo
sombra doquiera y nada más que sombra.”

Ciega! ciega, mi Dios! oh, no lo creo!
mas si ello es-cierto, esta maldad me asombra.

Su existencia una noche! una infinita
noche sin la esperanza de una aurora!
Condenada á no ver lo que palpita
en el materno vientre y que ella adora!

Condenada sin culpa, sin ninguna,
porque es un ángel, el candor de un lirio,
iris de calma, claridad de luna....
Me acomete un acceso de delirio.

Oh, Tú, que en lo coatico dijiste
“haya luz!” y surgió la luz tan bella,
¿porqué la hiciste, para qué la hiciste,
si todo vuelve al caos para ella?

Señor, si mi palabra es insensata,
si no habla mi dolor como conviene,
sobre mí solo tu furor desata! —
¿ella qué-culpa en mi locura tiene?

Si blasfemo, perdon! Pero á sus ojos
torne la luz á recrearse en ellos!
sus ojos que adivinan mis antojos,
tan negros y expresivos y tan bellos!....

Habló el doctor-diagnóstico galante —
“Nada. Preñez. Maldad precoz del fruto.”

.....?.....?
Aquello no duró sino un instante,
mas; cuánta angustia cabe en un minuto!

AUSENCIA

— A MI HIJITA. —

Mi deseo y mi destino
en lucha están de continuo
como la sombra y la luz.
Ni uno ni otro cede,
ni mi corazón ya puede
llevar tan pesada cruz.

Mi suerte!... no más sombría,
cuando desaparezca el día,
la negra noche vendrá.
Mi suerte!... vas á saberla,
y ya preveo una perla
que en tus ojos brillará.

Soy hoja al río caída
y en la corriente arrastrada.
Soy flor del tallo arrancada,
que va en el aire perdida,
por el aire destrozada.

Pájaro que de una rama
su caro nido colgó,
y después el vuelo alzó,
y al volver... cierzo que brama
en sus alas le arrastró.

Barquichuela abandonada
de las ondas al balumbo,
que de un tumbo en otro tumbo,
sacudida y empujada,
se deja llevar sin rumbo.

¿Adónde, ay, adónde van
la hoja, la flor, el ave
y la combatida nave?

dónde reposo hallarán?...
Dios lo sabe, Dios lo sabe!

Ese es mi destino triste.
¿Una perla no sentiste
desde tus ojos caer?

Con un dedo á ella acude,
ó la cabeza sacude,
y la harás desaparecer.

¿Fuiste al consejo sumisa?
Prepara ora una sonrisa:
vas mi deseo á saber.

Como en la mañana ansía
la planta un rayo solar;
y á la hora del medio día
sombra y reposo el zagal;

y á la tarde el jornalero
busca el sustento frugal;
y en la noche el marinero
la luz del astro polar;

así mis labios el roce
de tu frente angelical,
y mi corazón el goce
de junto á tí palpitar.

PLEGARIA.

Sálvala, Santo Dios, y salva el fruto
que en su seno sentí bajo mi mano
cual onda rebullir.
Salva mi corazón de tanto luto

como amenaza el porvenir galano
 en sombras sumergir.
 De tu vestido se adhirió al extremo
 una pobre mujer, y vióse pronto
 librada de su mal.
 Yo me adhiero á tu cruz, Señor Supremo,
 y de rodillas hasta Tí remonto
 en vuelo espiritual.
 Eres poder, eres bondad. Confío,
 Señor, en Tí como confió aquel día
 esa pobre mujer.
 Nó, no me negarán el hijo mío
 ni me arrebatarán la esposa mía
 tu bondad y poder.

LA MONEDA.

A gatas, hijita mía,
 Persigues esa moneda
 Que como huyéndote rueda
 Y da fe de tu alegría
 Tu risa inocente y leda.

!Cuánto empeño y cuánto afán,
 Primero por alcanzarla!
 Y cuando has logrado alzarla,
 Tus ansias todas están,
 Hijita mía, en rodarla.

Así los hombres también
 La persiguen afanosos,
 Y si la cogen dichosos,
 La tiran en mal ó en bien,
 Dementes ó generosos.

Mas ellos, hijita mia,
 Sudando por alcanzarla

Y remisos en soltarla,
 No tienen, no, tu alegría
 Ni en cogerla ni en rodarla.

EPISTOLA

à

E. H. RÖMER.

Me enseñaste un volumen que contiene
 de Yepez las hermosas poesias,
 y dijiste que esperas tener pronto
 un libro igual con producciones mías.
 ¡Ay! ni pronto ni tarde, caro amigo,
 cumplido mirarás tu buen deseo;
 no como dices por mi gran pereza,
 sino que me conozco y no te creo
 — perdona mi franqueza —
 cuando el mérito ensalzas de mis obras.
 ¿Quiero decir con esto
 que adivino la risa de tu burla
 si te oigo hablar de mis estrofas bellas?
 ¿Quiero decir, Ernesto,
 que piensas de otra suerte y que me engañas?
 Digo tan solo que tu afecto en ellas
 halla bellezas que les son extrañas.
 ¿Que existen, dices, y que no las veo
 por modestia que raya en cobardía?
 Es posible también, pero es bastante
 para imponer silencio al arpa mía.

¿Silencio?... digo mal: amo á las Musas,
 y aunque mi canto no les dé alegría,
 yo dejarlo no sé; mas no ambiciona
 del poeta mi sien la aurea corona.
 Canto en mis ocios como juegan unos,

y otros un libro hojean
 láminas viendo, y otros se pasean
 ó bostezan en cómoda poltrona.
 Canto por distraccion, y muchas veces
 principio cantos que jamás concluyo,
 à veces obras comenzadas pierdo,
 y al quererlas rehacer no las recuerdo,
 sin que este amigo tuyo
 sienta un instante la menor dolencia,
 ni se arrugue su frente pensativa
 por el tiempo perdido y la carencia
 de más potente fuerza retentiva.
 ¡Si vieras cuántas veces mis papeles
 van al poder de mi festiva prole!
 Los niños son crueles
 con las cosas que fácilmente quiebran:
 ¡con qué placer celebran,
 qué soberbio aliciente da á su juego
 la conversión de un pliego
 cuajadito de frases cadenciosas,
 en más de mil añicos
 que salen de las manos de los chicos,
 y vuelan como blancas mariposas!
 ¡Quantas veces también, en el instante
 en que trazando en el papel la pluma,
 va lo que dicta inspiración brillante,
 Carlota se me acerca y balbuciente,
 con la punta del índice en la boca,
 me pide no sé qué para sus brazos,
 ó sus piés, ó sus dedos ó su frente;
 ó caen sobre lo escrito los pedazos
 de loza ó vidrio que Iosé me arroja;
 ó de Carmelia en fin recios chillidos
 desgarran mis oídos;
 y por colmo de angustia se me antoja
 cobrar también mi parte de alegrías,
 y a jugar corro con las prendas mías!
 ¿“Quién puede en tal fragor mover el plectro
 y dar al verso acordes armonías?”
 Digo adiós á las Musas, y me digo:

Escribiré á la noche,
 Cuando Diana en argentado coche
 Vigile de la Tierra el sueño amigo.

La noche al cabo llega
 y en los cándidos rayos de su luna
 ó en densa sombra el universo anega:
 el viento calla, el mar está en reposo,
 durmieron los afanes
 de un dia fatigoso,
 y callan y reposan tierra y cielos,
 y reposan y callan mis chicuelos.
 ¡Qué hermosos cantos á mi mente ahora
 esta quietud universal inspira!
 A mis trémulas manos ven! oh Lira!
 anímate, respira
 con vibración sonora.
 Un himno al Sol, que volverá mañana,
 ó de la noche al silencioso arcano,
 ó mejor á la fuerza soberana,
 ante quien noche y sol y cuanto existe
 no es más que polvo vano
 que tiembla y se levanta en remolino
 donde su planta posa el Ser Divino.
 Ven, Lira, y mientras del fecundo lecho
 mi tierna esposa la mitad ocupa....
 ¿Porqué suspiras, palpitante pecho?
 ¿Qué nueva idea mi razón preocupa?
 Subiré á verla, sí, . . . mas, ¿no es su paso
 ese que en un peldaño carcomido
 alza tan leve ruido?
 Tardé en subir á verla y ella baja,
 y aunque en hablar primero yo me compeño,
 como siempre el delito es balbuciente,
 aún no hallo qué decir cuando ella dice:
 Pierdes el sueño . . . provechosamente,
 però, esposo y señor, pierdes el sueño;
 y el sueño es fuente de vigor, mi dueño,
 y de salud es fuente.

Yo miro entonces lo que tengo escrito,
 y viéndolo preguntome contrito:
 ¿Vale esto acaso que la deje sola?
 vale esta estrofa insustancial y fria
 que tanto rato quede en noche oscura
 de nuestro lecho la mitad vacía?
 y tomo con presura
 el brazo que me da mi compañera,
 y me dejo guiar en la escalera.
 ¿Hago bien? hago mal? Lo ignoro, Ernesto;
 mas no sé proceder de otra manera:
 y ya ves si es difícil que muy presto
 tengas junto al volúmen que contiene
 de Yopez las hermosas poesías,
 un libro igual-con producciones mías.

1885.

MADRIGAL.

Pasó la noche umbría, y una raya
 de luz en el Oriente
 anuncia la ascención del sol fulgente.
 Mas no te he visto aún, y no ha pasado
 para mí todavía
 la noche del dolor muda y sombría.
 La planta y yo lloramos en la noche,
 y aún de sus hojas rueda
 y de mis ojos quien decirlo pueda,
 Mas ya el sol seca de la planta el llanto,
 aparece, oh sol mío!
 y enjuga de mis ojos el rocío.

1885.

IN MEMORIAM.

I.

A nuestros hijos, adorada esposa,
jugar alegres déjalos, y ven,
y sigue silenciosa
los pasos vacilantes de mis pies.

Si, déjalos jugar, y bulliciosos
el aire con sus risas inundar,
mientras los dos esposos
á triste sitio caminando van.

No vean ellos nuestro amargo lloro,
no escuchen nuestras frases de dolor,
no sepan qué tesoro
ay! enterramos en aquel rincón.

Las cosas tristes les vendrán de surjo,
como á nosotros nos llegaron ya;
no el labio mío ó tuyo
debe á su vista la áurea venda alzar.

II.

Estas piedras me señalan
el sitio que ver quisiste:
aquí en aquella hora triste
quise y no pude llorar;

aquí con mi propia mano
yo cavé una sepultura
para él que á nuestra ternura
á Dios le plugo negar.

Y luego mi propia mano
le colocó temblorosa
en la improvisada fosa
y tierra encima le echó,

y puso luego estas piedras
 en señal mísera y triste
 del sitio que ver quisiste
 y que á ver te traje yo.

Oye: yo no tuve culpa
 en lo que pasó: yo hice
 cuanto hacer el infelice
 puede en este triste valle.

Quando tus amargos gritos
 de dolor á mi llegaban,
 mis labios así clamaban
 á mi Padre celestial:

Señor, si no es locura la plegaria
 que lleno de esperanza te dirijo,
 salva á la madre conservando al hijo;
 mas si es, Señor, tu voluntad contraria
 á mi esperanza loca,
 ¿qué más, qué más me toca
 en la prueba afflictiva,
 sino acercar la frente
 al polvo de la tierra humildemente,
 y bendecir el cáliz que mi boca
 de tu cuidado paternal reciba?

III.

Alabemos á Dios, esposa mía,
 que la mitad me concedió
 de mi plegaria y te salvó.
 Alabemos á Dios, esposa mía,
 ay! que si tanto me quitó,
 me dejó mucho, cuando yo
 ni eso ni mucho ménos merecía.
 ¿Sabes acaso qué destino
 al que aqui yace, el remolino
 de venideros años traería?
 Alabemos á Dios, esposa mía.

A UN AVE.

Se me antoja muchas veces
Que cuando rápida subes,
Llevas contigo á las nubes
Nuestros suspiros y preces ;

Que allá impacientes te aguardan
Blondos ángeles del cielo
Que promesas de consuelo
Sobre sus alitas guardan ;

Que llegas, y ellos te quitan
Risueños la carga amarga,
Y en cambio su dulce carga
En tus alas depositan ;

Que de esta suerte cumplidas
Su misión y tu misión,
Entonáis grata canción
Con las alas ya tendidas,

Y ellos llevan á los cielos
Ayes de dolor profundo,
Y tú regresas al mundo
Con celestiales consuelos.

1885.

MIS HIJOS Y MIS SUEÑOS.

Tengo mis hijos, son mi dicha ellos,
Sea mi suerte adversa no me importa.
Los miro alegres y los miro bellos,
Y esto en la adversa suerte me conforta.

¿Serán felices?... no mortales ojos
 Divisan hoy lo que ha de ser mañana.
 Tal vez sus plantas pisaran abrojos,
 Tal vez Fortuna les reirá galana.

Pero siempre en mis sueños los percibo
 De hermosa luz la frente circundada;
 Por eso cuando sueño es cuando vivo,
 Vida que les deseo descansada.

Vosotros, sueños del cerebro mío,
 Vosotros, hijos de la carne mía,
 ¡Cuán bellos sois! y como en el sombrío
 Cielo expledeís de mi existencia umbría!

No de otra suerte á veces, cuando hunde
 Su disco el sol en el confín lejano,
 Bermeja luz que entre la sombra cunde,
 Ofrece un espectáculo galano.

Sin esa luz pavor la tarde diera,
 Sin sol ya, sin estrellas todavía:
 Tal sin vosotros mi existencia fuera,
 Tal sin vosotros que la luz sois mía.

1884.

MI PRIMERA CANA.

A MI ESPOSA.

¿A qué arrancar con amorosa mano
 de mi cabeza la primera cana
 si tendrás otra que arrancar mañana
 y tanto empeño diligente es vano?

El tiempo vencerá tarde ó temprano,
por más que pugne la flaqueza humana;
y pues la lucha con el tiempo es vana,
vale más resignarte á verme cano.

No se aplaza la edad si tu terneza
borra del tiempo el victorioso sello
y logra ver sin canas mi cabeza.

Mas si insistes, porfiada, tanto en ello
arranca, arranca, y; oh fatal proeza!
me dejarás sin cana y sin cabello.

OH, MADRE!

Pobre madre mía,
¿donde estás ahora?
oyes todavía
cómo se te llora?

¿Muda é invisible
flotas en el viento,
tal vez insensible
á nuestro lamento?

¿Una llamarada,
una polvareda
fué tu vida, y nada,
nada de ti queda?

Nada se. Lo ignoro
y no lo escudriño;
pero lloro, lloro
como llora un niño.

Lo que ha sucedido
suceder debía;
pero te he perdido,
pobre madre mía!

Soy esposo; padre;
sé sufrir, mas nada
te reemplaza, oh madre,
oh mi madre amada!

Expiró dulce y sosegadamente
 cual se esparce un perfume en el ambiente.
 Muerta ya, conservó mi viejecilla
 ese aire de bondad suave y sencilla.
 Pero cuán blanca, oh Dios, y cuán callada,
 y cuán inmóvil, oh mi madre amada!

Su desaparición, aunque infinita,
 no da el dolor que desespera y grita;
 sino un dolor como ella dulce y santo,
 una tristeza que se esparce en llanto.

La veo aún las veces que deseo,
 porque cierro los ojos y la veo;
 y en mis sentidos á su aspecto flota
 una esperanza de una aurora ignota.

Diciembre 1907.

A MI PADRE EN SU AFLICCIÓN.

¿Quién es aquel que con rugosa frente
 La vista clava en esa urna y gime?
 ¿Quién es aquel que en ademán doliente
 Los dedos tuerce, el respirar comprime?

Ay! es mi padre á quién la muerte roba
 La que le diera de su sangre vida!
 Es él, es él que en la postrera alcoba
 Su madre viene á contemplar dormida!

Despojos fríos que sereis mañana
 Por siempre hundidos en pesada tumba,
 ¿Qué sois vosotros sino ruina vana
 De árbol que airado el huracán derrumba?

Montones tristes de olvidada tierra
 Mañana acaso esta ciudad recuerden;
 Pero los restos que el sepulcro encierra,
 Se pulverizán y por fin se pierden!

¿Qué es esa fé que en nuestra mente luce?
 Mortal, ¿qué vale tu virtud amada,
 Si el Tiempo todo á polvo vil reduce,
 Si al fin tu aliento, tu pensar es nada?

Blasfemo acento de la duda impía!
 Otra creencia me enseñó mi madre:
 No! no se extingue en una tumba fría
 El sacro aliento del Eterno Padre!...

Oh! padre mío á quien la muerte roba
 La que te diera de su sangre vida!
 Oh, padre mío! en esa fría alcoba
 Buscas en vano la que al cielo es ida.

Al cielo, padre, la mirada eleva:
 Allá la madre que perdiste vive.
 No del sepulcro la profunda cueva
 Más que los restos del mortal recibe.

Eleva, padre, la mirada al cielo
 Do el alma vive del creyente bella:
 Salió tu madre de este bajo suelo,
 Y esos despojos que dejó, no es ella.

1877.

A MI HERMANA CAROLINA EPITALAMIO.

Cumplióse tu deseo:
 El áncora levada,
 La lona desplegada
 Al céfiro suave,

Sale á surcar tu nave
El mar del himeneo:
Cumplióse tu deseo.

Fuiste quizás incauta:
El aura pronto muda
En tempestad sañuda,
El mar se ahueca y ruge,
El fragil leño cruje.
Y se estremece el nauta:
Fuiste quizás incauta.

Al cielo, hermana mía,
Viage sereno pide;
Empero si él decide
Probarte en mar airada,
Eleva la mirada
De quién en Dios confía.
Al cielo, hermana mía.

Rostro que mira al cielo
En calma y en procela,
Vívida fé revela
Y vívida esperanza
Que siempre alivio alcanza;
Porque es en tí consuelo
Rostro que mira al cielo.

La dicha en este valle
De lágrimas existe:
No creas en la triste
Doctrina que lo niega:
Aún quien con llanto riega
Su paso, es fácil que halle
La dicha en este valle.

Es fácil ser dichoso!
En calma la conciencia,
La luz de la creencia
En la razón ardiendo,

En dulce unión viviendo.
La esposa y el esposo,
Es fácil ser dichoso!

No pido un imposible
Al cielo pues, si pido
Que el lazo hoy contraído
Sea feliz cadena,
Y que la mar serena
Te arrulle y apacible:
No pido un imposible.

Si un día me dijeres:
La dicha es sueño vano
Del triste ser humano, —
Oh día pesaroso!
Mas yo seré dichoso
Cual hoy dichosa eres,
Si un día me dijeres:

Ah! yo no he sido incauta
Cumpliendo mi deseo:
Del mar del himeneo
Las tempestades fieras
Son ráfagas ligeras
Si en Dios confía el nauta.
Ah! yo no he sido incauta.

Valor, oh Carolina!
Y el rostro vuelto al cielo:
O en busca de consuelo,
O en gratitud bañada
Por dádiva alcanzada
De la bondad divina
Valor, oh Carolina!

DIOS.

Un Dios que no es amor, porque en su seno
 No hallará premio la virtud opresa;
 Un Dios que no es poder, pues fuerza expresa
 Del azar el espacio de orbes lleno.

Un Dios que no es justicia, porque el bueno
 Y el malo acabarán dentro la huesa;
 Un Dios que no es verdad, porque ella ingresa
 Tan solo de la ciencia en el terreno.

Tal abominación la extraviada
 Razon del librepensador inventa
 De su soberbia en el siniestro abismo.

Justicia, Amor, Poder, Verdad ó nada!
 Niega á tu Dios; ó si eso te amedrenta
 Póstrate al pie del Dios del Cristianismo.

1880.

EL INCENDIO DE COLON.

No fue celeste encono desatado
 Sobre la tierra impía.
 En las obras de Dios, en los terribles
 Destellos de su ira:
 En las furias soberbias de los vientos
 Y de la mar bravía,
 En las ávidas grietas en que se abre
 La tierra estremecida,
 En las lavas volcánicas que arropan
 Las comarcas vecinas,
 En las rojas serpientes que en el cielo
 Flamean fugitivas

Y el ronco grito con que lanza el yugo
 La atmósfera oprimida,
 Se enlaza lo sublime á lo espantoso.
 ¡Oh Colón! ¿Qué de excelso hay en tu ruina?
 Ni ímpetu fué de frenesí patriótico
 Con que ciudad suicida
 Arroja al paso de invasora hueste
 Sus gélidas cenizas.
 Hay grandeza en el crimen de Moscovia
 Que á la soberbia altiva
 No el abrigo y calor de sus palacios
 Hospitalaria brinda,
 Sino un bosque de llama inaccesible,
 Y humareda que asfixia,
 Y luego una llanura silenciosa
 De nieve blanca y fría.
 Hay grandeza en el crimen de Moscovia
 Que arde y heroica grita:
 ¡Antes que esclava ruin, cadáver libre! —
 ¿Cuál fue el grito, Colón, de tu agonía?
 Lo murmuran las trémulas mujeres
 Que vagan fugitivas
 Sin templo, sin alcoba, sin techumbre,
 Sin luz en noche umbría,
 Lívido el rostro, inquieta la mirada,
 Hambrientas y mendigas.
 Lo dice el aire fétido que esparcen
 Las insepultas víctimas.
 Lo repiten tus míseros escombros
 Y el humo que respiras.
 Fugaz y débil y único vestigio
 De tu pasada vida;
 Lúgubre huella del horrendo crimen
 Y la maldad inicua
 Que del de Roma coronado monstruo
 La siniestra memoria resucitan.
 ¡Emulos de Nerón! turba nefanda
 Del Báratro surgida!
 Huye del fuego que rojizo cunde:
 Las llamas iluminan,

Y eres engendro vil de las tinieblas
 Y de la luz indigna!
 Huye temblante y en tu inquieta fuga
 La maldición te siga
 Del colombiano suelo salpicado
 Del lodo que vomitas!
 El exterminio que á tu paso siembras
 Indignación inspira,
 No causa ni el asombro que producen
 Los bárbaros Atilas:
 Te falta su valor y su barbaria,
 Te sobra tu ruindad y cobardía.

Abril 1885.

R O S A.

Una tarde de Octubre.... Muchas veces
 las hojas desde entonces han caído;
 pero me acuerdo aún de aquella tarde,
 como si ayer no más hubiera sido.

Allà en el oceano, lentamente
 el rojo sol desparcido había
 y sus últimos rayos la serena
 atmósfera inflamaban todavía.

Enfrente andaba yo del camposanto,
 pues aquel era mi habitual paseo;
 ¿por qué de entrar en el funesto sitio
 tuve esa tarde el singular deseo?

Entré; y al divagar de tumba en tumba,
 iba leyendo en las funéreas losas
 los nombres de los fríos habitantes
 de la ciudad de calles silenciosas.

No pocas inscripciones me inducían
 á sonreír, pero después pensaba:
 quién sabe qué epitafio será el mío!
 y mi sonrisa en breve se apagaba.

Absorto así en sombríos pensamientos,
 llegué, sin advertirla hasta ese instante,
 junto á una niña, que, en el suelo hincada,
 cubría con las manos el semblante.

Pensé alejarme; pero alzó la joven,
 al ruido de mis pasos, la cabeza....
 ¡Qué rostro aquél, Dios mío! y cómo pude
 no ver grabada en él honda tristeza!

Sin duda fue porque el fulgor bermejo
 del postrer rayo en esa faz caía,
 pintando alegre y voluptuosamente
 hojas de rosas en la nieve fría.

Sentí un primer febricitante impulso:
 mas pronto huyó del firmamento vasto
 el rosicler crepuscular, y extinto
 quedó también el pensamiento incasto.

Entonces ví la palidez profunda
 de aquella faz, muy bella todavía,
 pero que ya no hablaba á los sentidos,
 que no entienden la voz de la agonía.

Ella creyó, que me obstruía el paso,
 se puso en pié, y con voz casi apagada,
 así me dijo. ¿Viene usted sin duda
 á rezar en la tumba de su amada?

No—respondí—no he amado todavía.—
 La niña me miró de extraña suerte:
 quizá no comprendió que no se amase,
 talvez pensó: ¡No amar! ¡esto es la muerte!

Visito—proseguí—como curioso
este recinto fúnebre, mirando,
en las cruces y lápidas, los nombres
de que se van los vivos olvidando.

El mármol guarda algunos de que nadie
se acuerda ya. ¿Qué mucho? si aun la tabla
de cruces tan efímeras conserva
nombres que son palabras que nadie habla.

¿Y sabe usted por qué? — dijo la niña,—
porque los pocos que no olvidan, mueren.
¿Ve usted este sepulcro? En él descansan
restos á quienes pido que me esperen.

Es tan reciente aún, que no le han puesto
una cruz con *su* nombre todavía....
Dentro de poco la pondrán sin duda,
y junto á ella se alzaré la mía.—

Se arrodilló, llevó hasta el suelo el labio,
y dijo: Es tarde, me retiro, Diego;
pronto, muy pronto volverá tu Rosa,
para esa vez no retirarse luego.—

¡Ay, así fué! Después de pocos dias
yo volví á la morada silenciosa,
y en dos cruces leí, recién plantadas,
dos nombres: el de Diego y el de Rosa.

1886.

LA ADULTERA.

„Luché!... sucumbí en la lucha,
cual sucumbe débil planta
cuando el cierzo la quebranta.
Nadie los gritos escucha
que mueren en mi garganta;

nadie siente arder la gota
 que de mis ojos resbala;
 pero ¿quién no me señala
 con el dedo y no me azota
 con la lengua? ¡Yo soy mala!

Y no es desgracia la mía,
 no es desgracia, que es delito. ---
 En vano me precipito
 con delirante agonía
 al pié del Leño bendito:

sordo á mi voz y plegaria
 como la tierra es el cielo:
 nunca un rayo de consuelo
 penetra la funeraria
 noche de mi amargo duelo.

Yo soy como á quien oprimen
 los grillos del despotismo
 ó el hambre del ostracismo:
 no haber triunfado es un crimen,
 y mi crimen es el mismo.

Mas para aquél todavía
 tiene la suerte mudanza,
 y aunque ilusoria, le alcanza
 la lumbre de mejor día;
 para mí no hay esperanza.

En la lucha desigual
 lo he perdido todo, todo:
 me tendió como á beodo
 extravió cerebral,
 y he despertado en el lodo.....

Habéis con la ley cumplido,
 me habéis la piedra arrojado;
 ¡ah! mas ¿habéis preguntado,
 al saber que he sucumbido,
 si con valor he luchado?

¡No! mil veces no, mujer!
 la que lucha con valor,
 VENCE en la lid del honor;
 MUERE, que es también vencer;
 NO SE RINDE á un vencedor.

1886.

 LAIDAH.

Albricias! albricias! grita
 la nodriza alborozada,
 y como una enagenada
 al salón se precipita,
 donde la hermosa Laidah
 arranca al piano sonoro
 tonos tristes como el lloro
 de amante que ausente está.
 Los dedos de nieve y rosa
 se retiran del teclado,
 y con acento agitado
 pregunta Laidah la hermosa:
 Buena Marta ¿qué sucede?"
 pero esta repite; albricias!
 y la colma de caricias,
 y rie y llora, y no puede
 proferir otra palabra
 ni comprende que su hija
 viéndola alegre se aflija
 y los brazos no le abra.
 ¿Qué pasa? pregunta Marta,
 mientras Laidah se estremece,
 y suspira, y palidece,
 y de la anciana se aparta
 que doblemente la adora,
 como madre y como sierva,
 que mira tanta reserva,

y no la comprende y llora.
 ¡Pobre Marta! haber andado
 poco ménos de una legua,
 á su edad, á pié, sin tregua,
 y con paso acelerado,
 suponiendo que traía
 del mundo el mayor contento,
 y hallar tal recibimiento,
 y causar tal agonía!
 “¡Qué pasa! piensa Laidah:
 No me explico lo que pasa!
 ¿es fiebre lo que me abrasa?
 tiemblo de frío quizá?
 Es esperanza ó temor
 lo que mi cerebro agita?
 y mi corazón palpita
 de placer ó de dolor?
 Dijo Marta . . . nada dijo . . .
 tan solo albricias pidió . . .
 tal vez me equivoco yo,
 y sin motivo me aflijo . . .”

Y se dirige á la anciana
 que llora aún como un niño,
 y le dice con cariño:
 “¿Cierto que soy muy villana?
 tratarte de tal manera
 cuando me pides albricias,
 y me colmas de caricias
 como una madre lo hiciera!
 Aún me abrazas, aún me besas,
 te maltrato y aún me quieres...
 muy buena sin duda eres!
 mas... qué albricias eran esas?”

Marta se enjuga los ojos
 con el revés de la mano
 y un esfuerzo, pero vano,
 hace por mostrar enojos.
 Demasiado largamente
 la buena anciana ha callado;
 y el verbo, al fin desatado,

brota á modo del torrente.
 "Bien lo dijo aquella carta!
 pero Laidah no creyó,
 y en voz baja murmuró;
 ese naipe miente, Marta!
 Qué raza tan testaruda
 la blanca! no se concibe!
 dice el naipe: el amo vive!
 y usted exclama: soy víuda!
 dice el naipe: el amo viene!
 y usted dice: no vendrá!
 y viste luto Laidah
 que ay ni esperanza tiene!
 Pero ciegamente yo
 siempre en la carta creí,
 y á la adivina le dí
 con gusto lo que pidió:
 una peseta no más.
 ¿Cierto que más merecía?
 tu amo vive, me decía,
 y vuelve, y pronto quizás.
 Ese naipe miente, Marta!
 ¿pero mis ojos no ven?
 ó me engañarán también
 como mintió aquella carta?
 Las lágrimas que derramo
 no son hijas de aflicción,
 lágrimas de dicha son:
 señora, yo he visto al amo!
 débil, pálido, algo así
 como absorto, reflexivo
 y muy triste, pero vivo!
 sí, señora, yo lo vi!"

Pero¿ qué tiene la hermosa
 que parece que agoniza?
 la que le da la nodriza
 no es noticia pesarosa;
 ¿porqué, pues, baja la frente,
 y suspira, y tiembla, y llora
 y parece que devora

la pena más inclemente?
 Apiádase de ella el cielo:
 y da un grito, y se desmaya,
 y de los brazos del aya
 viene lentamente al suelo.

.

Cuando Laidah vuelve en sí
 y abraza á la esclava fiel,
 esta le entrega un papel;
 lo desdobra; dice así:

He visto á Marta. Sin duda
 corrió la pobre mujer
 á matarte de placer,
 del placer de no ser viuda.

¿Que te dijo? que he venido?
 Marta te engañó, Laidah!
 estoy muerto, tiempo ha,
 y tu dicha no la ímpido.

El azar puso en mi mano
 el mas extraño papel:
 anuncia mi viuda en él
 su casamiento cercano.

Haz que te adore Alvarado
 cual te amé cuando viví,
 y no pienses más en mí,
 y dí á Marta que ha soñado.

Me lleva el mismo bajel
 que me trajo á este lugar.
 Amo locamente el mar:
 voy á sepultarme en él.

HOMENAJE AL LIBERTADOR.

SIMÓN BOLIVAR

CON MOTIVO DE SU PRIMER CENTENARIO.

I.

Duerme la hermosa esclava circuída
De Atlántico, Pacífico y Caribe:
Hermosura mayor no se concibe,
Ni más esclavitud fué nunca oída.

Tanto es hermosa, que parece vida
La inercia que su dueño le prescribe;
Tanto es esclava, que ni aún percibe
Que pudiera llevar la frente erguida.

Hace tres siglos ya que maniatada
Yace á los piés de su señor potente
Y estéril llanto sus mejillas cava.

Hace ya tres centurias que estampada
Lleva ignominia en su empañada frente
E inmóvil duerme América la esclava!

II.

De sacra Libertad el Genio altivo
En la cumbre del Avila aparece:
La esclava le contempla y se estremece,
El contempla la esclava pensativo.

Una mano señala el aflictivo
Estado en que la esclava languidece;
La otra mano con donaire mece
Cuna en que rie parvulo festivo.

Fúlgida luz derrama su semblante
Que el vasto espacio de los Andes baña:
Habla, y su voz se esparce armoniosa:

“La Libertad meció tu cuna, infante:
 “A tu voz cejará el León de España
 “Y será libre América la hermosa.”

III.

Bolívar! de placer se estremecieron
 Los Andes á tu paso y se inclinaron:
 Las falanjes iberas se pasmaron:
 Sus gloriosos pendones se abatieron.

Bolívar! héroes á tu voz surgieron,
 Cuando innúmeras huertes te cercaron;
 Los llantos de la esclava se enjugaron;
 Naciones son las que colonias fueron.

Bolívar! ¿dónde el alma que no llene
 A tu nombre entusiasmo? dónde el labio
 Que enmudezca, ó la cuerda que no vibre?

Tu nombre en cada pecho un altar tiene,
 Le ensalza el vate, le venera el sabio
 Y le bendice América la libre.

24-7-1883.

EN LA MUERTE DE
 DON AUGUSTIN BETHENCOURT.

Un pueblo entero tu ataúd circunda,
 Fija la vista en tu despojo frío,
 Testigo mudo del dolor sombrío
 De tus hijos y esposa gemebunda;

Grupo sumido en aflicción profunda,
 Cuya lágrima rueda como río,
 Cuya plegaria al Sumo Poderío
 Crédula sube y el espacio inunda.

—Padre, esposo ejemplar, leal, modesto,
 Buen consejero, bienhechor, cristiano—
 Tal claman todos con doliente gesto;

Y por primera vez dolor humano
 Junto á tí llora, sin que auxilio presto
 Tus labios suelten ó tu abierta mano.

1885.

EL SIERVO Y EL HERIDO.

Dos pobres africanos
 Vendidos fueron á un negrero impio,
 Los dos eran hermanos
 Yse adoraban como yo y el mío.

Buscaron en la huida
 La dulce libertad, hija del cielo;
 Pero bala homicida
 Al mayor de los dos tendió en el suelo.

El otro estaba ileso
 Pero pensó en llorar más que en si mismo,
 Ysegunda vez preso
 Fué otra vez destinado al servilismo.

Desde el barco veía
 Al que capiraba entre dolor acerbo,
 Y, llorando decía:
 „Tu te quedas herido, mas no siervo.”

Y hacia el barco miraba
 El que en la tierra se quedó tendido,
 Y triste murmuraba:
 „Tú al ménos vas esclavo, mas no herido.”

El siervo ó él herido
 ¿Quién ha de estar de más angustia lleno?
 Yo solo sé que cada uno mira
 Mayor el propio que el dolor ageno.
 1880.

¡SUBIR!

A MI HERMANA ELENA.

Siguiendo al ave que voló del mido,
 Se elevó al cielo tu mirada pura,
 Y de tu labio-con febril sonido
 Salió esta frase, que vibró en mi oído:
 ¡Quién pudiera subir á tanta altura!

Subir! Subir! tal es el loco anhelo
 Que turba el alma, el corazón inquieta:
 Subir! Subir! hasta escalar el cielo
 Y desde el cielo proseguir el vuelo
 Con ánsia ardiente que jamás se aquieta!

Miseria! el huracán embravecido
 Antes techumbres que paredes rae,
 Da el rayo ántes en lo más erguido,
 Y cuando se abre el suelo estremecido,
 Antes la torre que la choza cae.

Nave es el hombre, que en el río flota,
 Bauda al bajar si lenta á la subida,
 Y cuando airada tempestad le azota,
 Desde la altura mas excelsa nota
 Más próxima y más ruda la caída.

¿A qué subir, si de inquietudes lleno,
 Pierde subiendo el corazón la calma?
 Adora la Virtud: solo en su seno,
 Abandonada la prisión de cieno,
 Sube sin luego descender el alma.
 1880.

EN NASSAU.

Parece que respira y que amenaza,
Cañón, tu boca abierta,
Y que retumba en tu profundo seno
Un prolongado alerta.

Pero acercarme y en tu negra espalda
Posar mi mano quiero,
Sin temor, como dama que acaricia
Su tímido faldero.

Sé que tu puedes, al compás del ronco
Fragor de la batalla,
Lanzar con vocería estruendorosa
Mortífera metralla.

Sé que puedes tender en torno tuyo
Cual quizá lo has hecho,
Filas enteras de héroes denodados
Sobre sangriento lecho.

Mas ahora descansas al abrigo
De paz hospitalaria,
Y tu funcion en esta pobre isla
Es ménos sanguinaria.

Hoy su marcha los péndulos corrigen
Cuando tu voz resuena,
Cautelosa la entrada del correo
La muchedumbre llena.

Acaso un día pavoroso fuiste
Pregón de luto y llanto;
Mas ya tu grito bélico no siembra
Consternación y espanto.

Antes bien de real aniversario
En el festivo día
Cantas al són del canto del gentío
Y aumentas la alegría.

Porque en el himno de la Paz risueña
 Todo placer anuncia
 Y á disonar en el sagrado himno
 Hasta el cañón renuncia.

1885.

EL BEODO.

Miradle! sus piés dan inciertos pasos;
 Si hay en su rostro, es baja la expresion;
 Empañados sus ojos cual los vasos
 Que enervante licor le dieron, son.

Risa torpe à sus pálidas mejillas
 No roseos tintes sino arrugas da,
 Y su labio incoherentes palabrillas
 Embrutecido repitiendo está.

Ora más que jamás pundonoroso
 E inflamable en materia de su honor,
 Si se acerca imprudente ó quisquilloso
 Un hermano en el culto del licor,

Ambos vereís en lid desvergonzada
 Débiles puñetazos repartir,
 Y la tierra de verlos disgustada
 Con sus personas míseras medir.

Tal vez naturaleza dadivosa
 Claro talento á su cerebro dió;
 Amó el licor, y sombra tenebrosa,
 Sobre el claro talento se extendió.

Quizá más de una vez habrá cruzado
 Los mares en su ardiente juventud,
 Y lejano satélite eclipsado
 Le indicó la ignorada longitud;

Quizá su mano temblorosa ahora,
 Firme en un tiempo cítara pulsó,
 Arrancandole música sonora
 Que al trino de las aves igualó;

O el cristal dirigiendo al firmamento
 La distancia midió de Aldebarán;
 O buscó en un cadáver ceniciento
 Causas que presas al sepulcro dan;

O en el foro su frase luminosa
 El hurto al propietario devolvió:
 Amó el licor, y sombra tenebrosa
 En su claro cerebro se extendió.

Yo quiero suponer más triste caso:
 Ese hombre que anda en trémula embriaguez
 Quizá tiene hijo que ora mismo acaso
 Lloro y tiritita de hambre y desnudez;

O madre que en el lecho moribunda
 Quiere el último beso al hijo dar;
 Le llama en vano, y aflicción profunda
 La muerte hace más rápida llegar;

O esposa acaso, anticipada viuda,
 Cercada de miseria y tentación,
 Que vigila con honra en cama ruda,
 O en blando lecho duerme con baldón.

Cuál en su rostro estúpida sonrisa
 Se burla de hijo, madre, esposa, ved!
 Se ríe porque cree que va de prisa,
 Y prisa lleva porque tiene sed.

Su opaca vista y lobreguez interna,
 No perciben del día el esplendor;
 Mas enfrente no irá de una taberna
 Sin orientarse al husmo del licor.

1880.

LA VIDA.

Subimos á la cumbre
 Del empinado monte,
 Cuando de aurora la risueña lumbre
 Mas sombras encendió del horizonte.

El con saber profundo
 Mi créencia combatía:
 Con ramas secas ya, meditabundo
 Y callado, una jaula construía.

Y aunque no su impía duda
 Triunfó de mi créencia
 Nada podía mi ignorancia muda
 Contra su clara y elocuente ciencia.

Cuando yo tuve al cabo
 La jaula construída
 Un pajarillo, de mi ardid esclavo,
 En ella lamentó su esclava vida.

— ¡Vencí! — clamó mi labio
 Y prorumpió mi amigo,
 A quién hacía mi abstracción agravio:
 “!En poco estimas lo que yo te digo!”

Y la jaula cogiendo,
 Con impetu lanzóla,
 Y ambos miramos como fué cayendo,
 Hasta que al fin el suelo recibíola.

“Tal es la vida humana,
 Dijo el con voz tranquila:
 Pasa como pasó tu jaula vana,
 Y como ella da en tierra y se aniquila.”

Me estremecí escuchando
 Lleno de desconsuelo:
 Mas cuando ví que el ave, el vuelo alzando
 Desde la rota jaula subió al cielo,

— “Verdad tu frase encierra,
 Tal es la vida — dije:
 Se hace el cuerpo pedazos en la tierra,
 Y el alma asciende al que los orbes rige.”

EN EL CEMENTERIO.

Hubo en una tarde triste
 Dos simultáneos entierros,
 Dos féretros descendidos
 A la mansión del silencio.
 Los acompañantes todos
 Suspiraron y se fueron;
 Dos solamente quedaron
 En la ciudad de los muertos;
 Y hablaron de aquesta suerte
 Al son de lúgubre viento
 Que entre cipreses y sauces
 Iba en vagoroso vuelo:

¡Ay! mi amor bajó á la tumba!
 — ¡Ay! mi amor subió á los cielos!
 — Entró, las alas caídas,
 De la tierra al frío seno.
 — Dejó, tendidas las alas
 El frío terrestre reino.
 — Su morada es una fosa
 Montón de tierra su techo,
 Y en su eterna noche vagan
 Oscuridad y silencio.
 — Vive en la región serena
 De inextinguibles destellos,
 Y entre serafines flota
 Cantando hosanas eternas...
 — Pues allá en la arena yace,
 No alzas la vista del suelo,
 Y pienso en pasadas dichas

Y vivo de mis recuerdos.
 — Pués allá dejó la tierra,
 La vista al espacio vuelvo,
 Y vivo de mi esperanza,
 Y en dichas futuras pienso.
 — ¡Estóy tan solo en el mundo!
 Abre; oh tierra! el frío seno,
 Y caiga sobre mis ojos
 Del sepulcro el largo sueño,
 Y duerma yo para siempre
 Con la que durmió primero.
 — ¡Estóy tan solo en la tierra!
 ¡Rompe este cáliz estrecho,
 Y desprendidas del tallo
 Caigan las hojas al suelo,
 Y á recibir el perfume
 Abre tus puertas, ¡oh cielo!
 Despierte yo para siempre
 De este pasajero sueño,
 Y me envuelva en su aureóla
 La que despertó primero.
 — ¡Oh tumba! de nuestras dichas
 Oh triste y mísero término!
 — ¡Oh felicidad suprema!
 ¡Oh bien infinito! ¡oh cielo!"

Callaron; y á lento paso,
 Y el uno mirando al suelo,
 Y al cielo mirando el otro,
 Salieron del cementerio.

1885.

EL PESCADOR.

O ya tranquilas y amorosas rueden,
 O ya soberbias é iracundas salten,
 Del mar extenso las azules ondas

Desde la orilla contemplar me place;
 Y la que turba de alcatraces finge
 Lejana espuma; y la atrevida nave
 Que leve impele ó impetuoso empuje
 De mansa brisa ó de aquilon silbante.
 Todo en tí; oh Mar! desde la excelsa altura
 Que te cobija, y la solar imágen
 Que en cada gota reproduces bella,
 Hasta la audacia del mar es grande.
 Tú, Mar inmenso, todavía debes
 Las excursiones recordar audaces
 De los que asombro de tus olas fueron,
 Vasco de Gama, Lapeyrousse y Franklin.
 Mas á ellos no, ni al Genovés preclaro
 Que hermoso un mundo te arrancó y ferace
 Del hondo seno, mi laúd ahora
 Quiere ensalzar aunque grandezas cante.
 Soy el cantor de más humilde asunto,
 Y que no tanto excederá á mi alcance;
 Soy el poeta del que arroja anzuelos
 Con golosinas para el pez que pase.
 Miradle: harapos que á cubrir no llegan
 Su piel tostada por el sol; y cable
 Con ancla ó piedra que la suple: y remos:
 No más tesoro al pescador atañe.
 Miradle: á penas del viríneo lecho
 Risueña Aurora las cortinas abre
 Y asoma el rostro sonrosado y dulce,
 Cuando su endeble barquichuela baten
 Ondas que suben y la elevan, bajan
 Y la sepultan, y la aplastan casi.
 ¿Qué á ellos cantos que en el blando nido
 Tímida entona despertando el ave,
 Ni la fragancia de las flores bellas
 Que allá en el campo sus corolas abren?
 Calcula nubes y bonanza augura,
 Y acaso el pobre pescador se engañe;
 Porque jamás sobre la tierra impia
 Lo porvenir penetrarán mortales,
 Y porque son las pasajeras nubes

Y ondas y vientos de mudanza imágen.
 Si el tiempo muda, y à bramar airada
 Llega imprevista tempestad, cobarde
 Pavor ignora el pescador: confiado
 Y valeroso luchará, y mediante
 La protección que de su Dios descienda,
 Se salvará. Pero asechar miradle
 Y cuál fatiga á los que el mar habitan
 Peces inquietos. Ya los remos ase,
 Si su experiencia más allá supone
 Que pasa alegre el codiciado enjambre,
 Y boga firme con robusta mano,
 Y como flecha que del arco parte,
 Rápida marcha su barquilla, ó lanza
 Al mar, si el sitio á su designio place,
 La ancla pesada y el de forma curva
 Traidor anzuelo, y con mañoso arte
 Forma lazada en el cordel tan floja,
 Que leve fuerza á desatarla baste,
 Y así el pugnar del mismo pez anuncie
 De su incautela el doloroso instante.
 Pero, cuál sube en el azul del cielo
 El astro diurno, y dadivoso esparce
 Mientras más rectos más candentes rayos!
 Es tiempo, pescador, que de los mares
 El azul abandones, y á la mesa
 Hagas llegar del pobre y del magnate,
 Sobre la tierra á precio vil comprados,
 Peces cogidos con fatiga y arte.
 Es tiempo ya que con lucro tornes
 ¡Oh pescador! á tus humildes lares
 Donde la esposa y el hijuelo acaso
 Con cariño te aguardan y con hambre....
 Oh! tornaría, si feliz hubiese
 El éxito premiado sus afanes,
 Cual otras veces; hoy empero nada,
 Nada el anzuelo á su barquilla trae,
 ¿Habrán huido de la mar los peces?
 ¿Allá, muy léjos estaran? ¡Quién sabe!
 Ni la distancia el pescador aflige,

Ni es cual parece la distancia grande ;
 El remo empero cansarán sus brazos,
 Si con tesón hasta llevar bogare
 Su barquichuela do bajar semeja
 El firmamento y con el mar mezclarse . . .
 No será, no ; porque su astucia vence
 Molestosos obstáculos ; y mástil
 Tendrá, si vertical amarra un remo ;
 El otro servirá de gobernalle ;
 Desnudarás el pescador la espalda,
 Y su camisa le dará velámen.
 Miradle, ondas que rodais tranquilas,
 Miradle, brisas que pasais fugaces,
 Miradle, nubes que flotais ligeras,
 Miradle, dueño de velera nave
 Al horizonte dirigir la prora
 Y de la orilla crédulo alejarse :
 No de benignas os tornéis airadas
 Contra su leño á vos fiado frágil . . .
 La vista mía ya le busca en vano
 Del mar extenso en el confín distante :
 Léjos navega, y si distinta suerte
 Dios no ha dispuesto, volverá á la tarde.
 Ay ! pronto el aura que susurra mansa
 Puede en furiosa tempestad trocarse ;
 Pronto las ondas encrespase pueden,
 Que ora amorosas su barquilla lamen ;
 Pronto las nubes su ropaje blanco
 Pueden cambiar en funeral ropaje,
 No se amedrenta el pescador empero,
 Porque nadar como la espuma sabe,
 Porque de Dios en el poder confía
 Qué acalla vientos y somete mares.

1883.

CALIPSO.

Calypso ne pouvait se consoler
du départ d'Ulysse.
Fénelon.

“¡Allí desapareció á la vista mía,
allí desapareció el bajel velero
que tan preciosa carga conducía!
Aun me parece que, al fulgor postrero
del moribundo sol, la blanca estela,
como cinta argentada
en la cerúlea superficie echada,
el rauda paso del bajel revela.

“Es ilusion: la estela se ha borrado:
no guarda el mar de la cruel partida
vestigio alguno: sólo yo he guardado,
yo solo, en la mirada enrojecida,
en el opreso corazón, la huella
de la rápida nave.

¡No! tú, de Hespero luminosa estrella
tambien cual yo recordarás, quién sabe!
del héroe mío la figura bella
que bañaste en tu luz, cuando llorosa
en esta secular playa arenosa
caí casi sin vida.

¡Sin vida!... oh dicha si posible fuese!
¡oh si la muerte, del mortal temida,
á la voz de los dioses acudiese!
Yo la llamara, cual á Ulises llamo,
con acento de amor y de locura,
y dolida quizá de mi amargura,
acogiera el frenetico reclamo.

¡Ay me! ser inmortal y amar cual amo!
¡ser inmortal y amar sin esperanza,
y arder sin fin en este amor demente,
y gritar y llamar eternamente
un objeto perdido en lontananza!

¿Hay desgracia mayor? ¡tal es la mía!...

"Yo te saludo, oh Noche, que sombría
 te alzas desde las ondas, y creciendo,
 y las lóbregas alas extendiendo,
 al frío sopló de tu labio mudo
 de silencio y tinieblas
 la feraz gruta de Calipso pueblas;
 callada oscuridad, yo te saludo.
 "¿Qué á mi de sol naciente los fulgores,
 si no enderezan mi inclinada frente,
 cual enhiestan los tallos de las flores,
 curvados en la noche precedente;
 si no enjugan jamás el llanto mío,
 cual secan de las plantas el rocío;
 si no rasgan las sombras de mi mente,
 cual encienden la cúspide del monte
 y el niveo ceñidor del horizonte?
 ¿Qué á mí los matutinos
 dulces y alegres trinos
 con que saluda al nuevo día el ave,
 si no resuena ya, como solía,
 la voz de Ulíses elocuente y grave
 en esta gruta, venturoso un día?...
 ¡Ulíses! ¡ah! le veo en donde quiera;
 su imágen será eterna en esta gruta
 como esta inacabable primavera.

"Avanza, oh noche, en tu sombría ruta.
 Hazlos pasar, hazme olvidar siquiera
 tantos pesares que mi vida amargan.
 Estréchenme tus brazos que aletargan,
 cual los de Ulíses me estrechaban antes.
 Cierren tus dedos mis cansados ojos
 igneos, candentes, rojos
 como chispas que saltan centellantes
 del yunque de Vulcano.
 Haz me dormir. Quiero olvidar. ¡En vano!
 Ya me rinde pesada soñolencia,
 y aun su imagen se agita en mi presencia!"

Tal dice la infeliz, y se desmaya,
 cayendo inerte en la arenosa playa;
 y de la noche en la compacta sombra
 cruza un suspiro de mortal dolencia
 y una trémula voz que á Ulíses nombra.

1886.

EL HOMBRE Y EL NIÑO.

Abrió las negras fauces
 La tierra sacudida,
 Y en masa informe de hacinadas piedras
 La galarda ciudad fué convertida.

Solos sobrevivientes
 Del terremoto aciago,
 Un hombre y un infante desvalido
 Contemplaron absortos tanto estrago.

Cruzó el hombre los brazos
 Inmóvil silencioso,
 De desesperación sombría estatua
 Con respirar humano fatigoso.

De los ojos del niño
 Rodó copioso llanto,
 Porque los niños fácilmente lloran,
 Y su felicidad es llorar tanto.

De súbito palabras
 De la Esperanza suenan,
 Una raya de luz cruza el espacio
 Fragancia y armonía el aire llenan.

“No os agobien los duelos de esta tierra;
 Que en otra tierra, que se llama cielo,
 Hay para cada duelo que esta encierra,
 Una fuente infinita de consuelo.”

Alzó crédulo el niño
 Al cielo la mirada,
 Y la sonrisa que la fé da al rostro
 Brilló en aquella faz amaratada.

El hombre taciturno
 Miró al sencillo infante,
 Y de la duda la sonrisa amarga
 Vagó sobre sus labios un instante.

Y triste murmuró: ¡ cuánto consuelo,
 Si cual lloraste tú, llorar pudiese!
 ¡ Cuánto alivio inefable á mi hondo duelo,
 Si mi sonrisa cual la tuya fuese!

1880.

SONETO.

Frágil bajel inquietas olas hiende,
 Y el pobre nauta mira estremecido
 Cómo en redor la sombra se ha extendido,
 Mientras del firmamento el sol descende.

Es noche ya, y el negro espacio enciende
 Solo incierto fulgor pronto extinguido
 De fugaces relámpagos. Perdido
 Rumbo el bajel á la ventnra emprendé.

¿ Qué vale asida del timón la mano?
 Suéltale el nauta, y el bajel naufraga
 En la vasta extensión del Oceano.

Tal la razón que vacilante vaga
 En las tinieblas del cerebro humano,
 Cuando la estrella de la Fé se apaga.

1885.

EL BOTECITO.

No son esposos de remota fecha
De su lozana juventud lo infiero,
Y de que esquivan tropezar con gente.
Forman compacto grupo que se estrecha
A cada instante más, cual si el postrero
De estar juntos los dos, fuese el presente.

Luna de miel, pedazo azul del cielo.
Entre las nubes, eslabon dorado
De la cadena de la humana vida;
¡Cómo la sombra buscas! y tu anhelo
¡Cómo de hallarla nunca ves logrado,
Pues la hallas en tu luz siempre encendida!

Sobre varonil pecho palpitante
Rifana duerme la cabeza hermosa;
Cuatro ojos negros con amor se miran:
A la robusta del esposo amante
Se junta con amor mano sedosa,
Y cuatro labios con amor suspiran.

Pausados van y densamente unidos,
De trecho en trecho detenido el paso
Para más condensarse y mejor verse.
Los sitios buscan menos concurridos,
Y de ellos el de luces más escaso,
Do el afán no refrenen de quererse.

“Sabes remar?” pregunta de improviso
El esposo: la esposa sonreída
A la pregunta responder no sabe.
Calla el labio entreabriéndose indeciso,
Y el prosigue: “Matora de mi vida,
Matora te deseo de mi nave.

Un botecito pequeñuelo tengo
Y el agua del Canal siempre callada

Surcaremos en él, si así te place.
Yo elijo el rumbo y al timón me atengo,
Mueve el remo tu mano delicada,
Y el botecito su camino hace.

Quizá tu esposo te contemple tanto
Que extático descuide el gobernalle,
Y haga al bote seguir rumbo indeciso.
Tal chasco empero no te infunda espanto.
Pues dondequiera que contigo se halle,
Tu esposo se verá en el Paraíso.

Breve es el bote y más en él no caben
De dos personas; cuando en él estemos,
Nuestras rodillas estarán unidas.
Como tus fuerzas débiles se acaben
Te inclinaras; y temblarán los remos
Del labio á las locuras repetidas.

Pasaremos alegres bajo el puente
De hierro menos firme que el dorado
Lazo que al tuyo mi destino anuda;
Y el brillo admiraras fosforescente
Del agua en que tu remo es agitado,
Del agua que se enciende y te saluda.

Le admirarás: pero esa lumbre hermosa
No al esplendor de tu beldad excede,
Ni de mi amor á la prendida llama.
Llama á la vez voráz y luminosa
Que cabida á tí sola en mi alma cede,
Y me hace para tí buscar la fama."

Dice, y la esposa, entre sonrisa y llanto,
Escucha como célica armonía
El eco del acento del esposo,
Más junto al bote llegan entre tanto
Que atado al muelle, dócil atendía
Al tierno grupo que se acerca hermoso.

El dice: "Abí tienes mi bajel:¿ se atreve
Remo la hermosa á manejar pesado?
Ella responde: Lo que quieras quiero"
— No hagamos viage, si el temblor más leve
Circula por tu cuerpo delicado
— Capitán, vamos. — Vamos pues, remero."

Dice y ligero al botecito salta,
Le afirma bien porque celoso oscila,
Y da la mano á la asustada esposa.
Ella domina el miedo que la asalta,
Pues amor la aconseja esté tranquila
Junto á su dueño; y salta valerosa.

Entra también el cabo que sujeta
El bote; y éste, gracias á la corta
Pericia del remero, va pausado.
Mas poco al par que surca el agua quieta
La lentitud ó rapidez importa:
Silencio y soledad, eso han logrado.

Silencio en que dulcisimas resuenan
Palabras amorosas y amorosos
Besos de labios que de amor palpitan:
Y soledad que los fulgores llenan
De amor y juventud, y astros hermosos
Que en el espacio trémulos se agitan.

1884.

FANTASIA.

O de aura mansa al sosegado arrullo
el mar la playa cándida acaricie,
ó al recio silbo de sañudo Bóreas
se encrespe la cerúlea superficie,

Pláceme silencioso y solitario
 huir de los afanes de la vida,
 y henchir de aire tan libre los pulmones,
 sentado en la ribera humedecida.

Pláceme contemplar meditabundo
 las dos inmensidades de zafiro
 que delante y encima se dilatan,
 y que allá lejos enlazadas miro.

Soñar me place que las dos se aman,
 y son efluvios de su amor la nube
 que desde el cielo cándida descende,
 y la espuma del mar que blanca sube.

Y pláceme soñar que el horizonte
 es nupcial lecho que fecundo brota
 muchedumbre de foca y de ballena
 y enjambre de pelícano y gaviota.

¿Decís que son delirios y no sueños?
 dejadme delirar á mi albedrío,
 que entre las dos inmensidades vague,
 como ellas libre, el pensamiento mío.

Libre como la mar!... si ella es esclava,
 y como plebe que humillada besa
 la mano que la azota, de igual suerte
 lame los bordes que la guardan presa.

Es cierta: á veces furibunda salta,
 sacude y rompe el oprobioso yugo
 hórrida brama, embiste, lucha, vence,
 y de oprimida pasa á ser verdugo.

Mas en la lid también y la venganza
 son la mar y la plebe semejantes,
 y de ambas la victoria es pasajera.
 y tornan luego á las cadenas de antes.

Huye del mar, oh pensamiento mío!
 si en pos de libertad alzaste el vuelo,
 si estás de orillas fatigado, sube,
 recorre audaz la inmensidad del cielo.

Desde allí—cuán pequeño el mar, la tierra!
 como desaparece en lo profundo
 el que llamamos Oceano inmenso,
 el que llamamos anchuroso mundo!

Aun esos soles que á millares giran,
 ¿qué son ante la fuerza á que obedecen,
 sino polvo en el aire, fuegos fatuos
 que nacen y fulgulan y fenecen?

Atraviesa sus órbitas y sube
 con recto vuelo de águila atrevida
 á esa fuerza increada, inagotable
 fuente de luz y movimiento y vida,

Suprema voluntad de la natura,
 omnífera, infinita, soberana,
 espíritu sin fin y sin principio,
 Dios, en fin, cual le nombra lengua humana.

1886.

LA PASTORCITA

CUENTO FANTASTICO.

Saber no importa si esta pastorcita
 Vivió en el mundo ó solo en mi cabeza;
 Si un dolor una sombra resucita
 O invento por placer esta tristeza.

Las lleva al manantial. Ve con delicia
 tantas ovejas de intachable lana,

Las llama, las reúne y acaricia
 porque las quiere con amor de hermana,
 Las pobres tienen sed. No muy distante
 agua muy fresca un manantial desata.
 ¿Sabe el camino? Va siempre adelante
 bendiciendo la alegre caminata.
 Y juntas van ladeando los abrojos
 saltando alguna vez de roca en roca.
 Tiene la niña húmedos los ojos
 con el sabor de un ósculo en la boca.
 Hay una luz insólita en su frente;
 parece diosa, y tiene el vocinglero
 parloteo de niña.

De repente
 nota que no conoce ese sendero.
 Los árboles la guían, y se halla
 frente á un muro que obstruye su camino,
 Vuelve hácia atrás, De nuevo esa muralla,
 el dedo inexorable del Destino.
 La pobre por de pronto no se arredra;
 pero hácia donde mira, ¡siempre el muro!
 Está cogida en una red de piedra.
 Sin fuerzas cae en ese suelo duro.
 Piedra! piedra en contorno, piedra abajo!
 Arriba cubren nubes aquel cielo.
 ¡Y sus ovejas! cómo aquí las trajo?
 ¡Y la red! oh tenaz vehemente anhelo!
 Pasan horas, Crepúsculos y auroras....
 ¡Adiós aquel brincar entre zarzales!
 Y tras aquellas pasan otras horas
 todas de soledad, todas iguales.
 ¡El muro, el muro! Y las ovejas caen
 cual hojas que el otoño al árbol quitan.
 ¿Qué malos vientos tal desdicha traen?...
 Al fin no puede mas la pastorcita.
 ¡El muro, el muro! Y las ovejas mueren
 tan blancas é inocentes y tan bellas,
 y al morir la rodean, se la adhieren,
 y ella se tiende-¿no es su hermana?-entre ellas.
 Pensó morir solo durmió Y en sueños,

aves que alzan el vuelo en pos de un nido,
 La arrullaron piadosos y risueños,
 y oculto ruiseñor cantó en su oído:

“Nido de aquellas aves
 que se llaman ensueños
 es tu cabeza,

Por eso leve sombra
 entre dos charidades
 es tu tristeza

Por eso inmaculada
 y eternamente joven
 es tu belleza.

Y luz inextinguible
 y fuente inagotable
 es tu terneza

Por eso tus ovejas
 vivientes ó difuntos
 son tu riqueza.

La pastorcita, oh inexplicable goce!
 escucha con el rostro sonreído
 aquella voz que al parecer conoce,
 cuando distinta voz vibró en su oído:

“Cansaron tu extravió esas ovejas.
 Déjalas perecer. Busca otro encanto.
 Serás feliz de nuevo si las dejas.”

La pastorcita despertó con llanto.

Dejaros, mis ovejas inocentes!

mis solas compañeras, mi consuelo!

Serás conmigo, muertas ó vivientes,
 como astros de oro en un obscuro cielo,

Y cuando para mi brillante y pura

nazca la luz de la eternal aurora

mi ruiseñor dirá en mi sepultura:

“Aquí yacen ovejás y pastora.”

¡ Ay, muertas todas tus ovejas juntas.

tan blancas é inocentes y tan bellas!

Déjalas pastorcita: Están difuntas

Pero no sabe desprenderse de ellas.

LA SOMBRA.

DIAGOLO.

Guarda, padre, ese libro fastidioso,
 y mira con cuidado
 Cómo mi sombra en la pared imita
 los gestos que yo hago.
 ¿Vés cómo brinca cuando brinco, y cómo,
 cuando las manos alzo,
 alza las suyas, y las cierra y abre,
 cuando las cierra y abro?
 A mí me da un placer, ¡ oh padre mío!
 estarla así mirando!
 Mucho más que tu libro puedo darte,
 inmóvil en tu mano.
 — Conocimientos útiles el libro
 reporta sin embargo;
 Mucho más que tu sombra puede darte,
 tus gestos imitando.
 Rápidos van los días, y muy pronto
 habrás, hijo, alcanzado.
 Edad menos alegre, mucho ménos,
 que la que va pasando.
 Preguntarás entónces porqué brillan
 los mundos del espacio,
 Ruedan las olas de lamar, y nacen
 las flores en el árbol.
 ¡Dios quiera que á tu mano caiga entonces
 un libro bueno y sabio,
 Un libro que te diga lo que inquieras,
 y no te diga engaño!
 — Responda pues tu libro á una pregunta
 que pienso hace ya rato:
 Diga tu libro pues si hablan las sombras
 como hablas y como hablo.
 Yo me lo creo, porque mientras hablas,
 tu sombra mueve el labio;
 mas no es así, porque por más que escuche,
 resulta que es envano.

Mas ¿ porqué no hablará? teme enojarte
 y habla tal vez muy bajo
 Voy á ponerme cerca de tu sombra
 á ver si escucho algo.

.....
 Mira, padre, á medida que me acerco,
 mi sombra es mas pequeña;
 Ya junto á la pared, veo mi sombra
 más baja que esta mesa
 ¿ Soy tambien más pequeño ahora que antes?
 lo sentiré de veras.
 Lo que quiero es crecer, ¿ qué haré, Dios mío,
 qué haré para que crezca?
 — Acércarte á la luz, ora se llame
 Lámpara, fé, virtud, amor ó ciencia.

LA VENGANZA DE ELVIRA.

MONOLOGO.

Hondo silencio... soledad profunda...
 Negro el espacio.... mi razón turbada...
 Necio terror mi corazón inunda...
 Mas tú no te estremezas, mano armada!

Por este sitio pasará el ingrato
 En pos de otros amores... Yo me escondo
 Pasa, le clavo este puñal, le mato,
 Grita: ¿ quién es? — ; Tu víctima! respondo.

Me ajaste tú cuando me viste inerme,
 Y paloma sin hiel me apellidaste....
 La sangre en que tu cuerpo inmóvil duerme,
 Diga sí tengo hiel ó si acertaste.

Sangre en el cespéd, sangre en este hierro,
 Y sangre en esta mano,... ¡y sangre tuya!

¡Cuán de veras te amaba, y cuán de veras
 Que me amabas creí! . . . y era mentira!
 Mentiras tantas frases lisonjeras
 Que dijiste á las plantas de tu Elvira!

Y yo era tan feliz? mis ilusiones
 Tan doradas! mi cielo tan fulgente! . . .
 Cómo es posible, dí, que me abandones
 Y en pos corras de dichas de otra fuente!.

Todas del triste corazón huyeron
 Las ilusiones que guardaba hermosas,
 Y en densa oscuridad se convirtieron
 Tantas bellas mañanas luminosas!

Lóbrega oscuridad hay en mi mente
 Como la oscuridad que me rodea:
 Ni una esperanza aquí de faz riënte!
 Ni un astro en el espacio centella!

Hondo silencio . . . soledad profunda . . .
 Negro el espacio . . . mi razón turbada . . .
 Cómo el terror mi corazón inunda!
 Cómo tiembla febril mi mano armada!

Ni una luz en la bóveda sombría . . .
 Ni una voz en en el lúgubre mutismo . . .
 ¿Adónde voy? mi mente se extravía,
 Me parece rodar sobre un abismo!

En el esprasio mi clamor se pierde,
 Si gritos doy: mi débil pie se arrima,
 Si huir intento, á perro que me muerde
 O á piedra que me hiere y me lastima,

Noctívagos espectros que me espantan,
 Flotan siniestramente en torno mío,
 Me miran, retroceden, adelantan,
 Y posan en mi rostro el labio frío.

Sola! cuán sola estoy! qué miedo tengo
 Que no tendría si como el me viese! . . .
 Pues con el estaré, que por el vengo.
 Y ya un ruido escuché... que ruido es ese?...

¡Es el! el corazón febril palpita
 Con odio y con amor, que no con miedo.
 ¡Es el! porque la voz del alma grita:
 ¡Te aborrezco!... y ¡te adoro! dice-quedo.

Ya está-cerca. Tú, negra ruina, oculta
 A esta infeliz mujer un breve rato.
 Tú, puñal, en su pecho te sepulta,
 Tu, sed sácia en la sangre del ingrato.

Tu noche, no le anuncies condolida
 Mi presencia, el peligro que atraviesa . . .
 Cobre bien á esta tigre apercebida
 A lanzarse cruel sobre su presa.

Ya pasa junto á mi. No de mí mano
 Caigas puñal, y frustres mi venganza?
 Mírale! cuán hermoso! cuan galano!
 Y aquí vislumbro un rayo de esperanza...

Demencia! qué esperar! álzate, Elvira!
 Tu desesperación sobre el desploma!
 Sus palabras de amor¿ no eran mentira?
 Pues bien, mintió, si te llamó paloma . . .

Pasó, pero está cerca, y le reclama
 Lecho de sangre. Estás inmoble, acero?
 Contra traidores la traicion no infama,
 Y herida fuí á traición y á traición hiero!...

Pero, si no le veo, ¿ como herirle?
 En noche tan oscura, ¿ cómo hallarle?
 Si andar no puedo, ¿ cómo perseguirle?
 Si le amo tanto enfin, ¿ como matarle?

EL CIENO Y LA PLANTA.

Dijo el cieno á la planta
 —¿ Quién nos ha deparado
 Suerte tan desigual, si hermanos somos?
 —De dónde tu altivez y mi ignominia
 Si fué la lluvia al empapar la tierra
 Nuestro comun origen?
 Así del ideal de lo infinito,
 La planta respondióle:
 Juntos nacieron Religión serena
 Y Fantasiá adusta.
 Así al fecundo seno
 Del odio á despotismo y servidumbre,
 Juntas bebieron Libertad benigna
 Y aleve sanguinaria Demagogia.
 Entre nosotros no menor distancia:
 Recréase la vista en mi verdura,
 En mi aroma deleitase el olfato;
 Lagarto inmundo en tu hediondez se arrastra
 Y exhalas miasmas que producen muerte.

1888.

ACROSTICO.

Ta triste rosa que hoy marchita yace,
 Cfana ayer de su matiz y esencia,
 Incita á contemplar que cuanto nace,
 Se pierde, se disipa, se deshace,
 Vpenas comenzada su existencia.

Oruel sentencia, inexorable, eterna!
 Vla manera de esa flor, amiga,
 Ta de la dicha languidece interna;
 Mas no' así la Amistad que mi alma tierna
 Vtu alma noble y generosa liga.

1886.

CARLOTA CORDAY.

I.

“De sangre ardiendo en la siniestra lumbre,
 “horrísona Montaña se levanta;
 “sobre la Patria cae, la quebranta,
 “la aplasta con su inmensa pesadumbre.

“¡Tu hora ha pasado ya, inútil quejumbre!
 “y pues no has de salvar la causa santa,
 “resígnate á morir en la garganta;
 “¡y el acero fatídico relumbre!

“¡Deseo de vivir, hablas en vano!
 “¡seré tu brazo vengador, Gironda!
 “ya que no albor de Francia redimida”.

Dice Carlota: y con tranquila mano
 ocultando el puñal en seda y blonda;
 de Marat se dirige á la guarida.

II.

“¡*Déjala entrar!* dijiste à tu manceba,
 “que recelosa me obstruía el paso;
 “me sonreí de tu cuidado escaso
 “y penetré en tu harripelante cueva.

“¿Si traigo sangre? ¡Sí! corriente nueva,
 “de que rebose tu insontable vaso:
 “¿hay quién acuda á tu precencia acaso
 “como avidéz de sangre no le mueva?”

“Me oyes; gozo feraz tu ser expande;
 “con una mano escribes; la otra ataja
 “el palpitar del corazón de cieno.

“¡Es hora!” dice; y el puñal que blande,
 como rayo rápido fulge y baja,
 y entra hasta el mango en el nefando seno.

III.

¿Adónde, muchedumbre furibunda,
 conduces á la jóven heroína?
 Si aguardándola está la guillotina,
 ¿á qué fin la maltatras iracunda?

Vé la sonrisa que su faz inunda:
 es la postrera luz que la ilumina;
 ¡y la trueca en soflama purpurina
 de obscena plebe la algazara inmunda!

Véla pisar con calma y entereza
 la escalera fatal; no se contrae
 un solo rasgo de su rostro bello;

Abandona al verdugo la cabeza,
 y aún se sonrío... ¡cuando el hache cae
 y ávida muerde en el hermoso cuello.

1880.

 A LA GUERRA.

Himo á la Libertad ha resonado,
 y la Diosa acudió con su sonrisa
 de esperanza y de paz; pero divisa —
 raudal de sangre humana desbordado:

Al vencedor enhiesto; y encorvado,
 como arbusto que azota inquieta brisa,
 al que lidió infeliz frente sumisa
 doblar, á trueque de no ser tronchado;

La hacienda del vencido cuantiosa
 á la triunfante chusma repartida;
 sin pan los hijos, sin hogar la esposa....

No clames ¡Libertad! guerra homicida;
que á tu aspecto feraz la amable diosa
desparece, de horror sobrecogida.

SOBRE LAS ALAS DEL VIENTO.

CANCIÓN.

Sobre las alas del viento
Un suspiro y un lamento
De mi pecho al tuyo van;
Están haciendo camino,
Mas no sé si llegarán
A tu pecho, á su destino,
Tristezas del pensamiento
Sobre las alas del viento.

Sobre las alas del viento
Ponen mis labios amantes
Besos de amor palpitantes;
Están haciendo camino
Mas no sé si llegarán
A tu boca, á su destino,
Caricias del pensamiento
Sobre las alas del viento.

Sobre las alas del viento
Todas las ternezas cuento
De mi apasionado afán;
Están haciendo camino,
Mas no sé si llegarán
A tu alma, á su destino,
Delirios del pensamiento
Sobre las alas del viento.

MI COMPROMISO.*

Piropo de álbum parese piropo
solicitado.

L. C.

Confiaste á mi plectro empírico
este álbum, á condición
de no ofrecerte canción
que parezca panegírico.
Y tu acierto acostumbrado
en tu dicho prevalece;
„Piropo de álbum parece
piropo solicitado”
Yo, ¿qué pudo hacer? Contraje
dócil, callado, sumiso,
complaciente, el compromiso
de esquivar todo homenaje.

Para el peligro evitar
de decir gálantería
se limitá mi poesía
una historieta á contar.

La amé! La amé! ántes de verla;
la amé de oirla no más:
una voz!... Comprenderás
todo el valor de esa perla,
si con franqueza te aviso
que era una voz sin igual,
Cual la tuya angelical.....
Ah! es verdad: el compromiso!

Gran Dios, y cuando la ví!
Gran Dios, y cuando me vió!
Esos ojos en que yo
ó leí ó leer Creí.....
Oh magnéticos destellos

*). En el album de la S^{ta} Lelia Capriles.

de una luz que hace soñar
 con mirto y con azahar!...
 Tendrás una idea de ellos
 si con franqueza te aviso
 que eran negros, habladores,
 como esos trastornadores.....
 Ah! es verdad: el compromiso!

Aquella voz no la olvido,
 no, ni olvido aquellos ojos,
 mas para no darte enojos
 de ojos y voz me despido.
 Y me despido sin queja:
 los encantos corporales
 sucumben á las señales
 que el Tiempo á su paso deja.
 Nó los adornos preciosos
 de espíritu y corazón:
 la lealtad, la discreción,
 los arránques generosos;
 cosas estas que es preciso
 haberte tratado un poco
 para..... pero soy un loco,
 se me olvida el compromiso.

Poco mi cuento adelanta,
 pero es difícil hablarte
 de bellezas, sin que parte
 de ellas caiga ante tu planta.
 Y así en emergencia tal
 quiero tu discreto aviso:
 si romperé el compromiso
 ó pondré punto final.

1906.

A MIS HIJAS.

Todas esas picardías,
 todos esas timideces

que os hacen reír á veces
en alguinas poesías;

todas esas soledades
y desdenes y caricias
y tristezas y delicias
los canté en mis mocedades.

Sentimentales canciones
de fervorosas ternuras,
ó malvadas travesuras
de fugaces impresiones,

algunas á mi memoria
dan perfume todavía
como floración tardía
de mi juvenil historia.

Con ellas para vosotras
humilde guirnalda tejo:
las canciones de este viejo
ya no sirven para otras.

Eso digo sin envidia,
sin enojo ni rencor;
pues me basta vuestro amor,
donde no cabe perfidia.

Allá van mis poesías
juveniles, allá van.
Fara vosotros tendrán
el encanto de ser mías.

PLÁCEME VERTE.

Pláceme verte, si la orquesta suena,
flotar aérea cual visión soñada;
ó, sobre el dorso del corcel sentada,
sus cabriolas dominar serena.

Pláceme verte ante desdicha ajena
 cubrir con el pañuelo tu mirada;
 ó hablar á Dios, ante su altar postrada,
 de sumisión y de respeto llena.

Pláceme tu; la primorosa mano,
 sonrisa de unión de nieve y rosa.
 y el pié menudo, que merece altares.

Pláceme toda y buscaría en vano
 mancilla en tí, que toda eres hermosa,
 como esa del cantar de los cantares.

NO RIÑAMOS.

¿Te has enfadado por aquello? Niña,
 no riñamos por Dios, porque la riña
 roba algunos instantes al amor.
 ¿Sabemos cuantos la fortuna loca
 nos proporcionará? Torne esa boca
 á sonreír como ántes sin rigor.

Hecha para los besos, mal le cae
 esa expresión maligna, que me atrae
 contodo porque es tuya, y es así
 como un beso que das interiormente
 al mismo que castigas inclemente
 por un desliz.... que te ha gustado á tí.

¡VÉTE!

Nos dejaron en la sombra,
 en el silencio y á solas;
 y tu mejilla y mis labios
 se atraieron. se buscaron.

Desde entónces me deja
y rebulle en mí sin tregua
el recuerdo — casi un sueño —
de aquel roce — casi un beso;

del: véte que palpitante
en mi oído murmuraste,
mientras tu vista produjo
en la mía incendio mutuo;

y de haberme retirado
docil, sumiso muchacho?
á tu palabra cediendo
sin escudriñar tu intento.

Ah! ¿porque fué tu palabra
disfraz del grito del alma?
El lenguaje de los ojos
en la obscuridad no es obvio.

Y desde la calle luego
ví agitarse tu pañuelo
sobre barandilla obscura
como sobre el mar la espuma.

¿Era reclamo que invita
ó clamor de despedida?
No se me ocurrió siquiera
el planteo del problema.

¡Véte! así me habías dicho,
y obedecer fué preciso.
¡Véte! tal fué tu palabra,
y te dije: 'Hasta mañana!

Y no te he vuelto á ver! Jaquecas nervios . . .
para esconderte no faltó pretexto.
Y todos se agotaron mis ardides
sin lograr sorprenderte en tu escondite.

¡Todo lo comprendí cuando era tarde!
 Sobre mi frente tu despecho atraje
 siguiendo la centrífuga palabra,
 huyendo la centrípeta mirada.

EFLUVIOS.

Titilan en mis ojos
 y tiemblan en mis labios
 efluvios del amor que me devora.
 Mas temo darte enojos,
 mas temo hacerte agravios,
 y así en silencio el corazón te adora.

Te amo y reverencio,
 y sufro, y no me atrevo
 sino á lanzar quejidos á distancia.
 Te amo, y en silencio
 hasta las heces bebo
 brebaje amargo que el dolor me escancia.

Es noche. Tú, tranquila
 reposas en tu lecho,
 suelto el cabello, hecho una lluvia de oro.
 ¡Y mi dolor vigila!
 Y salen de mi pecho
 efluvios del fervor conque te adoro.

Y alcanzan tu morada,
 Y todos se apresuran
 tu frente á circundar como aureola.
 E inundan tu almohada,
 y acaso te murmuran
 que mi alma está muy triste, está muy sola.

¡Por toda compañera,
 esta canción que inspira
 quién nunca habrá de oír de mi boca!

¡Sin esperar siquiera
que, si una noche expira,
venga un día que calme mi ansia loca!

Solo con mi tristeza,
canto mi cancioncilla
tan triste que no sé si canto ó lloro;
mientras en tu cabeza
doble aureola brilla,
hecha de efluvios y de lluvia de oro.

Mas tú ¿en verdad no sientes
los cálidos efluvios
de mi pasión que hasta tu lecho llegan,
y besan persistentes
esos cabellos rubios
que á sus caricias todo su oro entregan?

¡SOÑAR!

Así: mi mano en la tuya,
mi cabeza en tu regazo,
dejemos que el tiempo huya
insensible á nuestro abrazo.

Y canta tu cantinela,
ese himno de querube
que fruiciones me revela
de ese cielo adonde sube.

Sueño, al oír los primores
de tu voz, con cosas bellas,
con mariposas, con flores,
y contigo, y con estrellas.

Cosas que, llenas de encantos,
me abren las puertas del cielo
con su perfume, su vuelo,
sus fulgores y sus cantos.

Y en medio á tanta alegría
se me ocurre muchas veces
que así, cuando así me meces,
dulce la muerte sería.

La muerte! un sueño quizás,
pero has de tener presente
que no es dormir solamente,
sino soñar además.

Oh morir! hacer ahora,
ese viaje sin regreso!
ahora, al cálido beso
de tu voz, que es una aurora.

Oh, morir así la frente
reclinada en tu regazo!
llevar conmigo este abrazo
á soñarlo eternamente!

Gozar con supremo goce,
allá en lo desconocido,
de tu voz el dulce ruido,
de tu mano el dulce roce!

Soñar sin fin al abrigo
de la tumba silenciosa
con alas de mariposa,
flores, astros y contigo!

La tumba.... su nombre acaso,
bien mío, te alarmará;
mas todos vamos allá
bien á escape ó paso á paso.

Y pues morir es preciso
de una suerte ó de otra suerte,
¿porqué no hacer de la muerte
el umbral de un paraíso?

Canta, alondra. No lo dejes
aunque me veas dormido.
Arrúlleme tu quejido
melodioso. No te alejes.

Ni se enfade tu cariño
si parezco no escuchar:
dormir quiero en un cantar
así como duerme un niño.

Así: mi mano en la tuya,
mi cabeza en tu regazo;
é insensible a nuestro abrazo
dejemos que el tiempo huya.

Y arrúlleme tu cantar
y el perfume de tu aliento!
Hágame dormir tu acento
y soñar, soñar, soñar!....

CELOS.

Entré al templo y te ví arrodillada
al pié del altar,
sobre el pecho la frente inclinada,
humilde la faz.

Yo moví silencioso la planta
y á tí me acerqué,
de tus trémulos labios la santa
plegaria escnché

y en el ojo brotar solitaria
 lágrima sentí,
 porque, niña, en tu santa plegaria
 mi nombre no oí.

GOTAS.

¿Ves esas gotas que penden
 de esas hojas, de esa flor?
 por su peso se desprenden,
 el corto trayecto hienden,
 y dan al suelo vigor.

¿De la desdichada Lola
 recuerdas el triste fin?
 Cuando su dueño olvidóla,
 apuró una gota sola...
 y una flor faltó al jardín.

De lagrimas brota un río
 cuando muere una ilusión.
 Esas lágrimas, bien mío,
 no son gotas de rocío
 gotas de veneno son.

AMOR TIENE ALAS.

Dije á la brisa ligera:
 Apostar contigo quiero;
 tú volando, yo á carrera,
 á que yo llego primero.

—¿Adónde mi vuelo irá,
 y tu galope tendido?
 —Al árbol que sombra da
 de mis amores al nido.

— Oye mi franca respuesta,
dijo la rápida brisa:
no me acomoda la apuesta,
quien ama va muy de prisa.

UN SUEÑO.

Te diré un sueño que soñé. Indiscreto
es el soñar á veces.

Soñé . . . ya sabes tú que te respeto
cual si una reina fueses.

Soñé . . . voy á decírtelo al oído
por no ver tu sonrojo; .
pero antes un favor, niña te pido:
no me oigas con enojo.

Uno puede soñar cosas malvadas
que despierto no piensa:
las realidades son muy limitadas,
la fantasía, inmensa.

Y son los sueños pura fantasía,
á veces no muy pura.
Te contaré mi sueño, hermosa mía,
es casi una locura.

Soñé . . . darásme indulto si indiscreto
es el soñar á veces,
porque ya sabes tú que te respeto
cual si una reina fueses.

Y sabes además que es mi lenguaje
tan pulcro y tan sencillo
que con más castidad en el follaje
no canta un pajarillo.

Soñé . . . una vez contado, olvido el sueño,
te lo juro, mi amada,
¿Quieres oír lo que soñé, mi dueño?
pues no he soñado nada.

HOJA DE ALBUM.*

Pues tengo en poner mi nombre
 En tu libro primoroso
 Tan grata satisfacción,

¡Cuál no será la del hombre
 Que escriba el suyo amoroso
 En tu bello corazón!

RIMAS.

I.

¿Esa ave que viene
 Con vuelo tendido
 Su nido abandona
 O vuelve á su nido?
 Pliega las lindas alas y se posa
 Con fatigado aliento en esa rama:
 Sin duda que se aleja pesarosa
 Del nido de su amor que la reclama.

Su voz que en el aire
 Se esparce sonora
 ¡Quién sabe si canta
 Quién sabe si llora!
 Si lo que mira el ave es tu belleza,
 Sin duda que sus notas son su encanto;
 Pero si lo que mira es mi tristeza,
 Sin duda que sus notas son su llanto.

* Para la Srta. Carolina de Pool.

RIMAS.

II.

Cuanto yo gocé los días
 En que, al sentir mi pisada,
 Risueña y precipitada,
 Al encuentro me venías,

Tanto en aquellos sufrí,
 En que airada y silenciosa,
 De mi huías presurosa,
 Cuando me acercaba á tí.

Pero ahora sufro más;
 Pues ni amor ni odio me tienes,
 Y si no te hallo no vienes,
 Y si te hallo no te vas.

LA GRAMATICA

JUGUETE DIALOGADO.

— Prima, primita, ¡ay de mi!
 hoy en un libro fatal
 tristes cosas aprendí
 en la escuela por mi mal.

Pues me enseñó mi maestro,
 sin contemplar mi dolor,
 que el AMOR es macho, es *nuestro*
 y en *vosotras* no hay amor.

— Primo, primito, ¡ay de mi!
 padezco del mismo mal;
 pues triste ciencia bebí
 de aquel librejo fatal.

Y me enseñó mi maestra,
sin contemplar mi amargura
que TERNURA es *hembra* es *nuestra*,
y en *vosotros* no hay ternura.

— De tu sexo, prima, son
(y ello tristeza me inspira)
fragilidad, y traicion,
la doblez y la mentira

— Si, primo, lo sé muy bien ;
mas no son del sexo mío
el engaño, y el desdén
y el olvido, y el hastío.

— No, prima, ni el corazon.

— Mas en cambio, primo, el alma.

— Primita, tienes razon.

— Vivamos, primito, en calma.

La gramática rompamos
y acabe nuestra querella ;
amemos, y no inquiramos
si el amor es *el* ó es *ella*.

Si me diesen facultad,
créemelo, primo, por Dios :
amor, por eternidad,
sería *común de dos*.

DIALOGO.

EL.

Mírame de rodillas cual creyente
Que al Ser Supremo su plegaria envía,
Contempla mi dolor y mi agonía
Grabados en los surcos de mi frente.

¿Ves cuando el sol asoma reluciente
Huir las sombras de la noche umbría?

Así la pena irá del alma mía
Si una mirada tiendesme clemente.

Una mirada de Angel condolido,
No de tus brazos la feliz cadena,
No el dulce roce de tus labios pido.

¡Oh dicha! te movió á piedad mi pena
Y un suspiro alcanzó mi humilde rezo!

ELLA.

Dispense usted, señor, que fué un bostezo.

CONJUGACION.

Yo colibríes persiguiendo trémulos,
y mariposas ella matizadas,
íbamos raudos por el aire, emulos
de las, de cuentos orientales, hadas.
Mas yendo en direcciones encontradas,
como dos bolas de billar chocamos,
y miróme, y miréla, y nos miramos.

Niños é ingénuos como niños éramos
pero de años en pos pasaban años,
y nadie estorbar pudo que creciéramos
ni que llegada la ocasion sintiéramos
en la mente brotar sueños extraños.
Y llegó la ocasión, y los sentimos,
y me quiso, y la quise, y nos quisimos.

Y siempre juntos los rapaces cándidos
que la saeta hírió del repaz ciego,
ella con ojos me miraba lánguidos
yo la miraba con mirar de fuego.
¡Qué goza antes! que amargura luego!
Pues partió! y me quedé, y nos sepamarnos
¡Ay! y en vano lloró, y lloré y lloramos.

LA COQUETA.

Está sola, y callada y cavilosa,
la frente hundida en la derecha mano,
mientras la izquierda, del sonoro piano
el ébano y marfil hiere nerviosa.

Piensa pensó jamas en otra cosa
la mitad bella del linaje humano?
Cavila el hombre aunque cavila en vano,
en el ser y la nada misteriosa.

A la mujer *solo* el amor atañe:
si cae, es cuando amor la precipita,
si sube, su ascensión de amor procede.

Pero esta es la coqueta! no se engañe
nadie al verla pensar solo medita
hasta dónde el escote abrirse puede.

CONTESTACION DE JULIA

A UNA ESQUELA AMOROSA.

Observo, pienso y hallo de continuo
cada cosa á su origen retornada:
toda piedra que al aire fué lanzada
luego á la tierra con presura vino.

El alma, que es un hálito divino,
retornará de Dios á la morada;
el cuerpo fué formado de la nada
y á la nada volver es su destino.

Hombre que habiendo á la vejez llegado,
se hace pueríl travieso y majadero,
demuestra que á la infancia ha retornado.

Yo de otra suerte proceder no quiero,
y así la esquila que me habeis enviado,
os la devuelvo intacta, caballero.

HOMBRE Y ANGEL.

En un trazo de papel
Que me encontré en el camino,
leí el canto peregrino
que trascibo en copia fiel.

„Contra mi pecho estreché
tu cabeza de querube,
y pueril antojo fué
el que en ese día tuve!
porque medirla pensé
y medir despues la mía,
por conocer con certeza
la diferencia que había
entre una cabeza de hombre
y de ángel una cabeza.

„Te dije mi pensamiento
y cómo te sonreíste!
Pedí tu consentimiento
y con qué placer lo diste!
Entónces sobre tu frente
ambos pulgares posé,
y las manos estiré
mucho pero vanamente;
de un meñique á otro había
siempre un espacio vacío,
y una puerta por si impía
quisieras salir un día
del lazo del amor mío.

Yo te dije también eso,
y me viste con enojos,
mas fueron enojos flojos

que disipó un solo beso.
 Y me dijiste: si salgo
 del lazo del amor tuyo
 ¿á quién corro á dónde huyo
 que tenga encantos mi vida?
 ¡Hablaste tan conmovida!
 ¡Tan crédulo té escuché!
 Creerás que no se me olvida
 cuán grande mi gozo fué?

Si tu no me hubieras dicho:
 — mide tu cabeza ahora, —
 se me va el pueril capricho
 de la mente soñadora.
 Pero la dijiste, y tuve
 que soltar en triste hora
 tu cabeza de querube:
 en hora triste ¡ay de mi!
 porque para siempre fué,
 y á medirla no torné,
 y á estrecharla no volví.

“Después la mía medí,
 y aunque hoy ¡oh niña! te asombre
 y á me cause estrañeza,
 muy corta, muy corta fué
 la diferencia que hallé
 entre una cabeza de hombre
 y de un ángel la cabeza.
 ¿Ni porque de ser había
 tu cabeza en el tamaño
 diferente de la mía,
 si en ambas cabía engaño,
 y desde el siguiente día
 me mirabas con desdén,
 y con la mirada fría
 yo te miraba también?”
 Lector, terminada así
 la extraña composición,
 la siguiente reflexion
 de mi cosecha añadí:

Hombre y ángel de igual suerte
 hoy dulces promesas dan
 de adorarse hasta la muerte,
 y mañana olvidarán.
 Si para siempre en la tierra
 los quieres unidos ver,
 átalos con lazo fuerte:
 con el lazo del deber
 y del grande amor: convierte —
 receta infalible es
 en los pueblos y en las cortes —
 los amantes en consortes,
 y éstos en padres después.

HOJA DE ALBUM.*

Hoy descuelgo de la rama
 mi arpa de polvo cubierta
 por no accarrearme la fama
 de andar en litis abierta
 con la amistad que reclama.

Mas no ha de entonar hermosas
 cántigas el arpa mía,
 porque ni ondas luminosas
 parten de nube sombría,
 ni brota la nieve rosas.

Hubo una época en que fui
 — ó presumí ser — poeta;
 pero después; ay de mi !
 aquel de la mente inquieta
 sagrado fuego perdí.

Guardó empero el corazón
 la costumbre de admirar

* Para la Srta. Ursulina de Pool.

cosas que del cielo son:
 dígnate pues aceptar,
 Ursula, mi admiración.

HOJA DE ALBUM.*

No de Lozano la elocuente lágrima,
 puedo á tus plantas derramar solícito,
 ni de Andrés Bello la palabra lúcida
 puedo estampar en esta blanca página.

Cantora humilde de canciones débiles,
 no alcanza á tanto mi modesta cítara;
 produce solo aquel sonido rústico
 que dan las hojas susurrando trémulas
 ó ya furioso las sacuda el ábrego,
 ó ya galano las festeje el céfiro

Hoy de amistad el sentimiento íntimo
 quiere de mi para Carlota un cántico,
 y siempre dócil á amistosa súplica
 éste le ofrenda mi modesta cítara,

Brillen los días de Carlota fúlgidos
 como en su sien de la virtud la auréola;
 huellen sus plantas los más blondos céspedes,
 ó la sostengan, si ocasión de lágrimas
 le dan los hallos, en las tristes márgenes
 del hondo abismo de infortunio pálido,
 como la espuma que titila nítida
 sobre las ondas del profundo océano.

* Para la S^{ta}. Carlota Huycke.

PRIMO Y PRIMA.

— DIALOGO —

Deja, prima. el tocador
 que ya preguntan por tí.
 — Prímo estoy hermosa así?
 y puedo inspirar amor?
 — Mucho te haces esperar;
 y el que espera desespera.
 — Esta flor es hechicera,
 la voy aquí á colocar.
 Tienes tuyo tanto encanto!
 los demás están demás
 — Conmigo no bailarás,
 primo, si me apuras tanto!
 — Ya se tíemplan los violines,
 sal á templar la impaciencia.
 — Te agrada, primo esta esencia?
 son bonitos mis botines?
 esta cinta no está bien,
 pongó otra color de rosa;
 esta gasa es muy preciosa
 pero es de un precio también!
 — Tienes tuyo tanto encanto
 ¿á que fin los de las tiendas?
 — Extraño el que no comprendas!
 á aumentar el mío un tanto.
 — No puede vana ficción
 dar realce á lo perfecto.
 — Ya veremos el efecto.
 que produzco en el salón.
 — es que *eres*. lo que *eres*
 — es porque *estoy* como *estoy*.
 — Estés como estés....
 — ¿ Qué soy?
 — La hermosa entre las mujeres;
 del alba la luz risueña;

fragancia que trae la brisa;
 del amor casta sonrisa;
 el ideal que el alma sueña;
 el rocío matinal
 que refresca al par que luce;
 una imágen que produce
 fruición que no es terrenal.

— Hablas como Cicerón
 y con gusto te escuché;
 pero ahora acércate,
 dame el brazo, y al salón!....
 Pero, primo, qué te pasa
 que me miras como lelo,
 y tiembas como chicuelo
 reñido en agena casa!

— Ay! estás deslumbradora
 como sol de mediodía!
 te miro y la frente mía
 sufre tanto como adora!
 porque pienso á mi pesar:
 todos la verán así
 y le dirán lo que á mí
 no me es posible expresar!
 y lo oirá con placer!...

— ¿Pues, cómo estoy primo?
 — Estás

como no te ví jamás!
 como no hay otra mujer!
 — Por lo que *soy*, soy tu encanto;
 ¿que te importa como esté?
 lo que en las tiendas compré
 puede preocuparte tanto?
 realza vana ficción
 lo que llamaste perfecto,
 ¿y ya sientes el efecto
 que causaré en el salón?
 Veo que en vez de mirarme,
 miras mis cintas y flores:
 estos comprados primores
 ¿han alcanzado á eclipsarme?

— Este ramo me seduce,
 estas perlas me fascinan,
 tus brillantes iluminan
 cual sol que en el zénit luce.
 Que cintas y flores miro!...
 que ya no te miro á tí!...
 quién sabe lo que hay en mí!
 pero creo que deliro.

— Pues *eres* lo que *eres*, te amo!
 porque *estás* como *estás*, temo! . .
 Niñas! vuestra vanidad
 es perdición nuestra y vuestra!

— Hombres! la vanidad nuestra
 pinta vuestra necedad:
 amad mujeres sencillas,
 y arrojamos pompas vanas;
 amad mujeres christianas,
 y vivimos de rodillas.

MEDIANOCHE.

EL JUGADOR.

I.

“Duerme la madre y la chiquilla duerme
 Este silencio, esta quietud me place.
 Así mirarlas puedo sin que al verme
 sobre sus rostros el dolor se trace.

“¡Infeliz del marido á cuyo aspecto
 tiembla la esposa y la chiqueta grita!
 infeliz del marido que de abyecto
 vicio en el lodazal se precipita!

“Tiemblas mujer, cuando me ves en casa,
 y sobrada razón tu angustia tiene,
 porque esta idea en tu cerebro pasa:
 ¿qué más, que más á arrebatarnos viene?

“Tú también al mirarme te estremeces, y huyes veloz si una palabra digo. chiquilla. ¿Y cómo nó? si rarás veces me miras, y jamás juego contigo

“Contigo, niña, no, pero yo juego! sumerjo á tí á tu madre en la miseria: á ella paz, á tí juguetes niego....
¡Niña el juego no es juego, es cosa seria!

“Te sonries? ¡Cuán bella es tu sonrisa que hoy ve tu padre por la vez primera! Despiertas; y me ves como indecisa si gritar ó apartarte de la fiera...”

Ah, sí la niña despertó y su grito á la madre también despierta al punto.
— Vén, madre; madre, vén á mi ladito.
— Niña, estoy junto á ti. — Ponte más junto,
— ¿Qué tiemes? — Hay un hombre en nuestra alcoba
— Mas tú no le conoces, amorcillo?
— Ah sí es el hombre que amenaza y roba: el hombre aquel que te robó tu anillo.

1886.

II.

LAS DOS HERMANAS.

— ¿Suspiras Julia? — Suspiraste, Berta?
— Es medianoche, ¿cómo estas despierta?
— Me ha despertado un sueño doloroso.
— A mí también, un sueño, un sueño
[hermoso.
— Cuéntame el tuyo, luego oirás el mio.
— Oir primero el sueño tuyo ansío.

— Soñé que estaba á mi lado;
que yo le hablaba de amor;
que él deshojaba una flor,
flor que yo le había dado....
y me despertó el dolor.

— Soñé que quieta dormia,
y él llegó sin ruido hacer,
y se inclinó y sentí arder
su labió en la frente mía....
y me despertó el placer.

— Quién, pudiera soñar lo que has soñado,
y á solas recordar el feliz sueño!

— Más me place tu sueño desgraciado,
porque puede contarse al dulce dueño.

— Dices bien.... ¡pero no! me ruborizo
contigo á solas; cerca del ¿qué haria?

— Hagamos un convenio, hermana mía;
nómbreme al joven que soñar te hizo,
del que me hizo soñar te diré el nombre;
cuento tu sueño al pérfido que quieres;
mi sueño al amor mío tú referes;
y así, á favor de mutua complacencia,
va nuestro sueño á quien le dió existencia,
tu antojo cumplo y cumples tú mi antojo,
mi sonrojo, evitando, y tu sonrojo.

¿Qué tal? — Me parece bien.

— ¿Su nombre? — Dí tú primero.

— Por Batillo es por quien muero.

— Por Batilo yo también.

— ¡Pícaro!! y me dijo ayer
que sólo por mí vivía.

¡Pérfido! ayer me decía:
no sé amar otra mujer.

— ¡Y al decirlo me cogió
la mano, y se la dejó!

— ¡Y, necia, no retiré
la mano que él me tomó!

— ¡Y me la besó el falsario!
— ¡Y en la faz besarme quiso!
— ¡Pues olvidarle es preciso!
— ¡Olvidarle es necesario!

Y las dos niñas suspiraron quedo:
Olvida, olvida tú; que yo no puedo.
1886.

III.

SOLEDAD.

¡“Es medianoche! Solitaria vago
en el verjel donde por vez primera
juróme eterno amor, una sonrisa
no más pidiendo de su amor en pago.

“Aquí después en triste unión postrera
díjome adios y me besó de prisa.
¿Volverás? le pregunté; y desaparece
sin responder á mi pregunta vana.

“Por la ausencia del sol el cielo llora’
y su llanto las plantas humedece.
Cielo no llores; para tí hay mañana.
Llore yo, para quien ya no habrá aurora”.
1886.

IV.

EL LLANTO DE ANGELA.

Hace ya rato que el festín de bodas
término tuvo, y el silencio reina

en la de amor y juventud y dicha
dulce morada.

Angela duerme; y el feliz consorte,
fijos los codos en el blando lecho,
con ambas manos la cabeza asida,
viéndola dice:

Duermes y sueñas y soñando sufres.
En prueba de ello, irrecusable prueba,
esa que vierten tus cerrados ojos
límpida gota.

¡Cuántos pesares en la humana vida!
Lágrimas cuántas rodarán acerbas,
si hasta se vierten en tu seno, oh dulce
noche de bodas!

1886.

MUTUA IDOLATARIA.

Alzó una Musa discreta
en altar de mirto y rosa.
Sobre el altar, una diosa.
Al pié del ara, un poeta.

A la diosa la respeta
y la contempla y la adora
y de rodillas la implora
el sacerdote -- poeta.

Mas ella, como coqueta
á quién agrada el variar,
baja á veces del altar
y entrona en él al poeta.

Y á su turno se sujeta
á un culto que la divierte,

y en ídolo se convierte
el idólatra poeta.

Es un enigma que inquieta
con su extraña confusión,
y que acaso el corazón
á su manera interpreta.

¡El corazón es poeta!
y el poeta es adivino,
pués probó el nectar divino
ignoto á nuestro planeta.

¡El corazón es profeta!
mas no entiende la razón
esa mutua religión,
esa comunión secreta.

Que alza en la gloria completa
del altar de mirto y rosa
ya al poeta de la diosa,
ya á la diosa del poeta.

A LA PUERTA DE UN CORAZON.

Aquel día llamé á una puerta. Abrieron.
Entré. No había nadie en el salón.
Aquella soledad me lastimaba,
Y pregunté á un sirviente: — ¿Don Amor?
— Tal caballero aquí jamás ha entrado.
Pero si quiere usted conversación,
Llamaré al señorito Galanteo.
— Ah, nó. ¿Y doña Amistad? — ¿Dice
el señor?
— Doña Amistad — Ah! se casó. Y ahora
Se llama la señora de Traición.
— Luego tampoco está doña Constancia.

- Dice usted bien. — ¿Y doña Compasión?
 — Está viajando y creo que no vuelve.
 — Muchas gracias. Adios. — Vaya con Dios.

Estas son cosas que pasaron cuando
 A la puerta llamé de un corazón.

APARIENCIAS.

Si sientes con los otros: si suspiras
 cuando ves sufrimientos, y te arranca
 placer ageno un gesto de alegría,

¡qué gozo el tuyo si reír la miras
 con su risa gentil, su risa franca,
 que es trino de ave y despuntar del día;

Ah! pero yo lo sé: en la superficie
 no es lo que está en el fondo lo que flota,
 ni siempre el rostro es el cristal del alma.

No siempre te amaré quién te acaricie.
 ¡Y sabe el cielo que borrasca brota
 del seno mismo de halagüeña calma!

LA GOTA DE SANGRE.

Esa rosa te envió,
 y si con tierno amor, virgen donosa,
 pagas el amor mío
 á fé que vale más que cualquier rosa,
 La ví, reina orgullosa
 del florido pensíl,
 con sus ricos primores
 la envidia ser de las hermosas flores
 que la cercaban mil.

Tal en el alto cielo.
vierte la Luna sus sonrisas bellas,
y esquivan con recelo,
tanto esplendor las tímidas estrellas,
Tal entre las doncellas
que encantan este val
ostentas tu donaire,
y ellas la triste voz sueltan al aire
de su envidia mortal.

La ví fresca y lozana
muellemente arrullada por el viento,
que de la flor galana
se perfumaba en el suave aliento.
Y tuve un pensamiento
al que no resistí!
pensé viendo la rosa,
del florido pensil reina orgullosa
cogerla para tí.

Qué resolver si no hallo
á la mano un cuchillo, una tijera...?
la boca llevo al tallo
muérdo. y mía eres ya, flor hechiecera!
Pero ay! espina fiera
al labio adhirió
con saña tan impía,
que de mi sangre, tuya más que mía,
una gota brotó.

La rosa que te envió
me llegó de manera muy costosa
y ya ves, amor mío,
ya ves si vale más que cualquier rosa,
Porque esa flor preciosa
algo es más que una flor,
gota es de sangre mía;
y si no has de besarla noche y día,
volvémela es mejor.

LA JAULA.

Según decían
 Todos aquellos que la veían,
 Era una jaula muy primorosa
 La que su novio regaló á Rosa.

Y aquel portento
 Rosa miraba con ojo atento,
 Sin preocuparse si dentro de ella
 Lanzaba el ave triste querella.

Un día abierta
 La absorta niña dejó la puerta,
 Y salió el ave de su palacio,
 Y voló libre por el espacio.

La pobre Rosa
 Miróla entonces con faz llorosa
 Porque hasta aquello que poco place,
 Cuando se pierde, falta, nos hace.

Con lo ocurrido
 Pusose el novio muy resentido,
 Y ella á su lado calló confusa,
 Hasta que el cabo dijo en su escusa:

— ¡Quién presumiera
 Que la avecilla nunca saliera
 A volar libre por el espacio,
 Si era su jaula rico palacio!

— ¿Juzgas que calma
 Ricos palacios brinden al alma?
 Que dicha siempre sonría el pecho
 Que late bajo dorado techo?

Le faltó el goce
 De una caricia: le faltó el roce
 Dentro su pico, de un pico amigo
 Que ya le birle, ya dé el trigo:

Amor faltóle

—En una rama talvez hallóle;
Mi nombre acaso desde su nido
Y sus gorgéos han bendecido.

—Tienes razón,

Mas no mereces su bendición.
Que descuidada la jaula abriste,
Y el bien se hizo, tu no lo hiciste.

1880.

CELOS.

Yo estaba en una esquina
Callado y pensativo,
Y un avaro me vió y estremeciósse
Como quién vése al borde de un abismo
Abrió espantados ojos,
Agarró los bolsillos,
Y exclamó con la voz de la agonía:
“¡Que me roban! ¡socorrol ¡auxilio! ¡auxilio!
¿Te ríes del avaro?
Pues yo cuando te miro
Con otro hablar también murmuro inquieto:
¡Que me roban! ¡socorro! ¡nuxillio ¡auxilio!

AL RHIN.

ELEGIA TRADUCIDA DEL HOLANDES AL
CASTELLANO POR J. S. CORSEN.

De bramadora tempestad al cabo
Reposa y del granizo el rudo Norte,
Y á lo largo otra vez de sus riberas
Rueda el Rhin, de invernál cadena libre.

Sus aguas bañan las añejas ribas,
 Y jubilosa campesina gente
 Primavera! saludo le tributa
 Como á monarca de Europeos rios,
 Que de la cumbre descendiendo Alpina,
 Besa los bordes ó los diques raja,
 Parte en reinos la tierra, y al dominio
 Señala de los principes lindero.

Yo también logré ver en esta margen
 Pasar los días sin oscura nube,
 Y el corazón me palpité ferviente
 En la suerte que fuéme deparada.
 De tierra una fanega, albergue estrecho
 A que amor dió y fidelidad realce,
 Para mi fueron y mi buena esposa
 Como el jardín del rey más poderoso,
 Cuando en el emparrado pobre de arte
 O sin más techo que el luciente espacio,
 Hablábamos de Dios y la otra vida.
 Con gratitud por la porción modesta
 Que nos tocara . . . Mis cabellos ora
 Puedo contar; mis lágrimas no puedo!
 El Rhin primero tornará á su fuente,
 Que yo aquel golpe olvide, el duro golpe
 Que por dos veces la corona hiciera
 De mi frente rodar. En tí, Dios mío,
 Creído he siempre; en tanto que respire.
 Me afianzaré en tu paternal cuidado
 Que nunca aflige de afligir ansioso;
 Carga es empero que á mi fuerza excede,
 Del doble luto la pesada carga.

Allá en Catwijck, do las salobres ondas
 Aguardan en su seno ¡oh Rhin! las tuyas,
 Yace en la árida arena sepultado
 Mi holocausto á la muerte valioso.
 A tus aguas mezclar mi llanto quiero:
 A ti me confío este raudal amargo:
 Al misero cantor valor le falta

Para verterle en el glacial sepulcro
 De la consorte que jamás bastante
 Será llorada. Mensajero mio
 Sé tu, Rhin secular, y á do reposa
 Mi difunta, mis lágrimas conduce,
 Nuncios de mi cariño y de mi pena.

A la niña también cuyo despojo
 Guardaba el seno de la tierra, cuando
 ¡Ay! la mujer que la alumbró cadáver
 Cerró los ojos á la luz, saluda.
 Yo la desenterré cuando el litigio,
 Término tuvo de su madre; y puse
 En el ancho atand y junto al seno
 Que la debiera alimentar, la niña
 Que no necesitó alimento nunca.
 Pensé: á las dos una morada stañe.
 Yo no he de separar lo que Dios une,
 Y en la urna encerré el tesoro doble.

A quien hollar fué dado siempre rosas,
 Ese la tierra Paraiso llame;
 Yo no deseo desandar un solo
 Paso en la senda que á mi espalda miro;
 Ganado juzgo cada dia que entre
 Lágrimas y fatigas he arrastrado
 ¡Gracias al cielo! treinta y cinco soles
 Ya circularon sobre mi cabeza:
 El tiempo pasa como aqueste rio.

Tú, mis difuntas, funeraria losa,
 Ligerá oprime, y mi osamenta pronto
 Cabe esos restos, que son míos cubre.

PLEGARIA.

(W. BILDERDIJK).

Dios mio, Dios clemente, cuya vista
 lo más oculto vé del seno mio ;
 acudo á tu presencia, orar ansío,
 pero no puedo orar.
 Contempla tú mi espíritu postrado,
 y mi necesidad; ve de mis ojos.
 como de manantial nunca agotado,
 las lágrimas brotar,

Qué te pediré yo? por más que sufra,
 por más que languidezca, nada pido.
 Tú de la ofuscacion de mi sentido
 á la merced me ves ;
 tu amor para tu hijo es más ferviente
 que el amor con que él mismo puede amarse ;
 tú sabes lo que bueno y conveniente
 para tu hijo es.
 Concede, padre, à tu ignorante prole
 lo que ella misma suplicar no sabe ;
 no pido duelo ni que el duelo acabe ;
 sino me postro á ti.
 Sin comprender tu voluntad lo adoro ;
 á tu misericordia me confío ;
 obren pues de consuno tu albedrío
 y tu clemencia en mi.

Ya sea que me eleves ó me humilles,
 ya sea que me hieras ó me cures.
 cruz ó consuelo á mi dolor procures,
 callado me verás.

Callado, si á tu voluntad me inmolo.
 Reposar confiado en tu designio.
 tal es mi esfuerzo, el mas activo, el solo
 y no deseo más.

Con el respecto y el temor del hijo;
 con la esperanza del cristiano, ajena
 de la impaciencia y la frialdad, dirijo
 los ojos hacia tí.

Enséñame, qué ruego es conveniente,
 qué plegaria me incumbe y te complace,
 ay! porque mi oración sea inocente,
 ora tú mismo en mí.

1886.

EN LA ULTIMA NOCHE DEL AÑO.

— R. FEITH. —

I.

¿Qué eres, mortal, en tu mayor grandeza?
 Silvestre flor que despedazca el viento.

Desde tu nacimiento
 tu destrucción empieza.

Tu vida es la quimera de un ensueño
 que entre tu cuna y tu ataud se agita.
 Apenas eres de un instante dueño,
 cuando el tiempo lo arranca y precipita.

II.

Aún no ves que tu bién se desbarata
 Cuando ya lo tritura el tiempo hambriento.

¡El tiempo! ay Dios! cuán lento
 cuando el dolor nos mata!

¡Y cómo infatigable se apresura
 cuando de nuestra dicha el sol fulgece!
 ¿Qué es, mortal, lo que llamas ventura?
 Luz que asoma y al punto desaparece.

III.

En continua mudanza y movimiento
 todo florece y luego se marchita;
 viene y se precipita
 cuál pétalo en el viento.

Nadie de un solo instante se apodera:
 ¿fué instante? es hora, es día, es año y pasa.
 ¡Siglos son ya! y el tiempo en su carrera
 siglos y ratos de igual modo arrasa.

IV.

Tal ruedan é intranquilas se suceden
 las ondas en la mar hirviente y vasta,
 y nunca se asen, hasta
 que á quebrantarse rueden
 contra el peñasco cuya altiva frente
 surge del fiero atronador abismo.
 Mortal, elige sabia y prontamente:
 todo varía; Dios es siempre lo mismo.

1886.

REQUIESCAT.

— TRADUCCIÓN. —

Caminad con paso leve
 Cerca está, bajo la nieve
 Y no alcéis la voz, porque ella
 Puede oír el ruido que hacen
 Las margaritas que nacen.

Mi Dios, toda esa dorada
 Cabellera luminosa
 Hoy deslustrada, enmohecida!
 Ella, tan joven y hermosa,
 Ella á polvo reducida!

Como el lirio era inocente
 Y blanca como el armiño,
 Y creció tan suavemente
 Que, mujer, guardó infantil
 Aspecto, infantil cariño.

Silencio; no la abruméis
 Con soneto ni con oda
 Que ya no puede oír. Toda
 mi existencia aquí se encierra.
 Cubrid, cubrid la con tierra.

QUIERO MORIR.

— TRADUCCIÓN DEL ITALIANO. —

Quiero morir en el abril florido,
 Cuando tibio está el aire y claro el cielo;
 Cuando la golondrina hace su nido,
 Cuando con nueva flor se adorna el suelo.

Cuando se esconde el sol tras el collado
 Y duermen las violetas en el prado,
 Alegre diera á Dios el alma mía
 En Primavera, al expirar el día.

Mas, cuando el cierzo furibundo brama
 E inquieto el firmamento se obscurece,
 Cuando no hay hojas en ninguna rama
 La idea de la muerte me estremece.

Cuando se esconde el sol tras el collado
 Y duermen las violetas en el prado,
 Alegre diera á Dios el alma mía
 En Primavera, al expirar el día.

PUESTA DEL SOL.

La causa de mi pesar
 No la sé; pero un suspiro
 Se me escapa cuando miro
 Hundirse el sol en el mar.

Me parece que algo llora
 En el tenue resplandor.
 Y del mar en el rumor
 Oigo débil voz que implora.

¿Es presagio de aflicción
 Que me reserva el destino,
 Y que ya sabe el camino
 De mi pobre corazón?

¿Es débil huella, que flota
 En mi mente todavía,
 De ansiedad, melancolía
 De una época remota?

¿Es inmotivado horror
 Que me inspiran el mutismo,
 Las tinieblas de ese abismo
 Entre Véspero y albor?

Yo no acierto qué armonía,
 Qué secreta relación
 Haya entre mi corazón
 Y la expiración del día;

Pero infinita amargura
 Sobre mí sus alas mece,
 Cuando el sol que desaparece
 HASTA PRONTO! me murmura.

Pronto? — La noche es tñ larga!
 Y su tenebroso seno
 Está de sorpresas lleno,
 Y dramas ocultos carga.

Pronto? — Mas hora tras hora
 Perezosamente ruedan
 Y dan tiempo á que sucedan
 Mil cosas que el hombre ignora.

De los que vieron morir
 El rojo sol en Ocaso
 Muchos, ay, muchos acaso
 No le verán resurgir.

Infundado es mi pesar;
 Mas me invade y crece, crece
 A medida que fenece
 • La ignición crepuscular.

ATARDI:

Ta pa kiko mi no sà;
 Ma esta tristu mi ta bira
 Tur atardi ku mi mira
 Solo baha den lamá!

Talbes ta un presintimentu,
 O ta un recuerdo kisás;
 Podisé n' ta nada mas
 Ku un cos di temperamentu.

P'adilanti podisé
 Mi ta mira na caminda
 Un doló ku n' nace ainda,
 Ma ku lo mi conocé?

Tin kisás den mi memoria
 Un doló masjá scondí,
 Masjá bieu, ku mi sintí
 No por rebiba su istoría?

O talbes mi nervionan
 Tin, sin causa, orror di Pretu,
 I dje abismo secur i ketu
 Meimei dj' awe ku majan?

Mi no sabi ki armonía,
 Ki secretu relasjon
 Tini den mi curason
 Ku cabamentu di un día;

Ma spiritu di doló
 Mi ta sinti camna ku mi,
 Ora Solo ta bai drumi
 I ta bisa: TE AWORÓ!

TE AWORÓ? ma enter anochi!
 Ésta largu anochi ta!
 Cuantu cos ku nos no sà
 E ta sconde den su scochi!

TE AWORÓ? ma te majan!
 Hopi ora falta ainda;
 Cuantu istoria na caminda
 Sin ku nos sabi di nan!....

Promé Solo bolbe bari,
 Tempu tin pa hopi cos;
 I Dios sà cuantu di nos
 Morto den dj' anochi a bari!

Causa mí doló no tin;
 Ma esta tristu mi ta bira
 Semper ku mi para mira
 Dia jega na su fin!

ZONSONDERGANG.

Waarom 't is, 'k en wete niet;
 Maar een sombre nacht van smarte
 Donkert immer in mijn harte,
 Als de Zon in zee vervliet.

Is 't een voorgevoeld verdriet?
Soms een echo van 't verleden?
Of is 't droefheid zonder reden,
Temperament en anders niet?

Zie 'k een donkere smartenstoet
Verre op weg, reeds lang te voren,
Smarten nu nog niet geboren,
Maar die 'k eenmaal kennen moet?

Kermt daar diep in 't hart verloren
Verre klacht van oude pijn,
Die reeds lang gestild moest zijn,
Wijl 'k haar bron niet op kan sporen?

Is 't verschrikking, die mij slaat
Voor den afgrond, diep en duister,
Steil en stom, die d'avonduister
Scheidt van d'eersten dageraad?

'k Weet niet door wat harmonie
De avondstond mij zoo kan kluist'ren,
Dat ook in mijn ziel wil duist'ren
Als ik 't zonlicht zinken zie;

Maar de smart doorweét mijn leên
Telkens als op kalmer kusten
't Moede zonlicht uit gaat rusten
Lijze lisp'lend: TOT MET EEN!

TOT MET EEN? — De nacht gaat trage,
En haar onheilvolle schoot
Baart aan velen ramp en dood,
Eer de blanke morgen dage.

TOT MET EEN? — De slepende uren
Slent'ren traagzaam; niemand weet
Wat ontgooch'ling, pijn en leed
Hij te nacht nog moet verduren.

Velen, die de zon zien zinken
 In haar grauwe golvengraf,
 Slaat de dood als bloemen af
 Vóór het blijde morgenblinken.

Reden heeft mijn droefheid niet;
 Maar ik huivre steeds en rouwe
 Als ik 't kranke daglicht schouwe
 Stille stervend in 't verschiet.

P. J. POIESZ.

EVENING.

Why it is, I could not tell;
 But, how sad I really feel,
 Every evening, when I see
 The Sun setting in the sea!

Perhaps 't is some presentiment,
 Or, may be, some vague remembrance;
 Perhaps it is indeed nought else
 But a result of temperament....

Can it be that, in advance,
 I am seeing on the way
 Some as yet unborn sorrow,
 Which I am still bound to know?

Can it be, that in my memory
 Dwells some deeply hidden pain,
 But so old, that now my senses
 Cannot revive the history?

Or is it because my nerves
 Feel a horror of all Blackness;
 Of that dark and silent gulf
 Between to-day and to-morrow?

I dont know what harmony,
 What relation, strange and secret
 There exists between my thoughts
 And the dying of the day;

But the shadow still of sorrow
 I feel hov'ring on my way,
 When the Sun goes down to sleep
 And whispers in my ears: "So LONG!"

So LONG?... but that's a whole night!
 And how long the night does last!
 How many things, unknown to us,
 Are not hidden in its lap!

So LONG?... that 's till to-morrow!...
 Many hours still are wanting....
 What events are on their way,
 Which are quite unknown to us!

"Before the Sun will smile again,
 There is time for lots of things!
 And God knows how many of us
 Death ere dawn has swept away!

My sorrow has no real cause,
 But, how sad I really feel,
 When I ever pause to see
 The day coming to its close!

G. PINEDO.

ROEMAN DI CARIDAD.

Kiko bo sá di mundoe?
 — Koe den mundoe
 Tin hopi pena koe mesté'i cuidanza,
 I desconsuelo koe mesté'i speranza,
 Hopi locura i hopi enfermedad.

— I kika bo ta busca?

— Mi ta busca

Camina tin miseria koe ta sclama,
I camina tin wowo koe ta drama
Lágrima do'oroso di orfandad.

Mi ta pone mi mân riba toer jaga,

I mi ta calma rabia di locura.

I mi ta presenciá toer amargura

Toer gritoe di doló di umanidad.

— Ken lo paga bo?

E'n ta bisa mi nada,

Ma e ta hiza su wowonan na cieloe

I mi ta mira Dios den su mirada.

— I bo number?

— Roeman di caridad,

ATA NUBIA!

Ata nubia, hopi nubia, hopi nubia!
Nan ta sali poco poco fo 'i tra 'i ceru,
Nan ta bini, nan ta priminti awaceru.

Awaceru! nos speranza di tur dia
I nos súplica constante; nos locura
Comprensibel den un tera di segura.

Nan ta bini, nan ta tapa tur nos sjelu,
Nan ta hasí bira scur, ma nan ta trese
Un speranza cu ta brilja, cu ta crese.

Ta parsemi cu nos tera jen di sedu
Ya ta habrí í rek su boca tembloroso
Cu speranza di un caricia delicioso.

Ta parsemi cu tur takinan sin blachi,
Cu tur bestianan sin carni, ti 'un consuelo.
Ora tera ta bai haja un sunchi 'i sjelu.

Algun be nos cunukerunan sa sjerta
Den pronóstico di tempu: unu di nan
A bisami djarason di otro siman:

“Sjon ta mira tur canoa je 'i masbangu?
Sjon ta mira ki onbescof lamá ta crese?
Sjon lo mira cuantu awa esei ta trese.”

Bon biní, o securidad jen di promesa!
O, di berde ja mi tabata hartá
Di nos sjelu semper blou i semper cla,

Sin un nubia, sin un mancha, sin un sombra,
Cu su solo cu ta priminti mal anja
I ta lur manera un wowo sin pestanja.

Ja mi tabata hartá di tantu bientu
Cu ta grita su canticanan di gera,
I ta tira den bo wowo hopi tera.

I ta ranca algun sombré ponenan bula,
Pa pleizí di mira un homber i un sombré
Na un apuesta cuá po core mas lihé.

Caba dia bientu para, a drenta un calma!...
Esta un calma, mi Senjor! ta net manera
Ja'n tin bida den lamá ní riba tera.

Mi tin duele di golét i di balandra
Cu ta keda sin po muf, manera un prenchi,
Of un muchá bó i cantica di su menchi.

Nan ta para sin po sigi, sin po bolbe;
Maske cuantu nan matros fleit jama bientu,
Elemento no ta atento na fleitmentu.

Riba tera ta mescos: tur cos ta para,
Tur ta warda, tur ta scucha, tur ta lur.
Parse Calma a supla sonjo riba tur.

Anto takinan sin blachi, steif i secu,
Parse dede cu ta mustra un cos den sjelu
Cu mi'n sa si ta amenasa o ta consuelo.

Ma ata nubia, hopi nubia, hopi nubia!
Mira nan, contempla nan, celebra nan!
Canta gloria, tira klapchi, bati man!

Nan barica ta rondó, cargá di awa;
Awé sí nos meste canta na rudia
Un cantica di speranza i di legria.

Den nos aire, den nos mondi, den nos bestia
Nan lo troca den dos dia tur segura
Pa frescura, pa berdura, pa gordura.

Nan barica ta rondó, cargá di awa....
Ma ata bientu a cuminsa ta danja cos;
Ja ta parse cu nan awa'n ta pa nos.

Nan barica ta rondó, cargá di awa;
Ma esta ganja nan ta ganja nos atrobe:
Nan ta pasa, nan ta pasa i no ta jobe.

Mara bientu pora supla di otro punto!
Mara jobe tá ta para na nos man!....
Nan ta sigi nan caminda bai di nan.

Nan barica ta rondó, cargá di awa;
Ma di awa cu lo'n muha nos cunucu,
Cu lo'n duna ni milon ni sjimarucu.

Nan ta pasa, nan ta hiba nan rikesa;
Nan ta pasa, nos no a spera basta ainda;
Nan ta pasa, nan ta sigi nan caminda.

Nan ta pasa, i pa bofon di nos tristesa,
Nan ta basja nan rikesa den lamá
Pa criatura cu'n tin sedu, pa piscá.

Nan ta pasa, nan ta pasa, . . . nan a pasa!
Nan a sigi na caminda bai di nan!
Un speransa mas a bula! Te manjan. . . .

Nos a nace pa huguete di Speransa. . . .
Te manjan, si un poco nubia bini atrobe,
Lo nos kere, lo nos spera cu lo jobe.

INDICE.

	Pág.
INTRODUCCIÓN.	
A mi esposa	1.
Un minuto	2.
Ausencia — a mi hijita —	3.
Plegaria	4.
La moneda	5.
Epistola à E. H. Römer	6.
Madrigal	9.
In memoriam	10.
A un ave	12.
Mis hijos y mis sueños	12.
Mi primera cana. A mi esposa	13.
Oh, madre!	14.
A mi padre en su afliccion	15.
A mi hermana Carolina: epitalamio.	16.
Dios.	19.
El incendio de colon	19.
Rosa	21.
La adúltera	23.
Laidah	25.
Homenaje al libertanor, Simón Bolivar con motivo de su primer centenario	29.
En la muerte de Don Augustin Bethencourt	30.
El siervo y el herido	31.
¡Subir! A mi Hermana Elena	32.
En Nassan	33.
El Beodo	34.
La vida	35.
En el Cementerio	37.

	Pág.
El Pescador	38.
Calipso	42.
El hombre y el Niño	44.
Soneto	45.
El Botecito	46.
Fantasia	48.
La Pastorcita. Cuento fantastico	50.
La sombra. Dialogo	53.
La venganza de Elvira. Monologo	54.
El cieno y la planta	58.
Acróstico	58.
Carlota Corday	59.
A la guerra	60.
Sobre las alas del viento. Canción	61.
Mi compromiso	62.
A mis hijas	63.
Pláceme verte	64.
No riñamos	65.
¡Véte!	65.
Efluvios	67.
¡Soñar!	68.
Celos	70.
Gotas	71.
Amor tiene alas	71.
Un sueño	72.
Hoja de album	73.
Rimas. I.	73.
Rimas. II.	74.
La gramatica. Juguete dialogado	74.
Dialogo	75.
Conjugacion	76.
La coqueta	77.
Contestacion de Julia, a una esquela amorosa	77.
Hombre y angel	78.
Hoja de album	80.

	Pág.
Hoja de album	81.
Primo y prima. Dialogo	82.
Medianoche. El jugador I.	84.
II. Las dos Hermanas	85.
III. Soledad	87.
IV. El llanto de Angela	87.
Mutua idolataria	88.
A la puerta de un corazon	89.
Apariencias	90.
La gota de sangre	90.
La jaula	92.
Celos	93.
Al rhin. Elegia traducida del Holandes al Castellano por J. S. CORSEN	93.
Plegaria. (W. Bilderdijk)	96.
En la ultima noche del año. R. Feith	97.
Requiescat. Traducción	98.
Quiero morir. Traducción del Italiano	99.
Puesta del sol	100.
Atardi	101.
Zonsondergang.	102.
Evening	104.
Roeman di caridad	105.
Ata nubia	106.

